
This is a reproduction of a library book that was digitized by Google as part of an ongoing effort to preserve the information in books and make it universally accessible.

Google™ books

<https://books.google.com>





Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

LOS CIRCASIANOS,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.



Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1860.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

Al llegar á Madrid.
¡Alumbra á tu victima!
Antes que te cases.
A tientas.
Cada cual ama á su modo.
Cabron y Pipelet, ó las desgra-
cias de un portero.
Disfraces, sustos y enredos...
Dos pelucas y dos pares de an-
teojos.
De cocinero á ministro.
Dieguiyo pata de anafe.
¡Dos maridos! ¡qué ventura!
Delirium tremens.
El chal de Cachemira.
El rigor de las desdichas, ó Don
Hermógenes.
El héroe de Ballen.
El suplicio de Tantalo.
El 24 de Febrero.
El cadete.
El amor por la ventana.
El destino.
El padre del hijo de mi mujer.
El perro ó yo.
En Aranjuez y en Madrid.
El dómine y el montero.
El mejor amigo, un duro.
El amigo del Ministro.
El charlatanismo.
En el dote está el busilín.
Es un loco.
El arte de hacerse amar.
En paños menores.
El novio al óleo.
El tío Martin ó la honradez.
El exterminio de un inocente.
Gato por liebre.
Gramática parda.
Isabel I.
La herencia de un poeta.
La última noche de Camoens.
La voz de las Provincias.
La carta perdida.
Los quid pro quos.

Lluvias de estío.

Las aventuras de un gaban.

Me he comido á mi amigo.

Modelo de esposas.

Moreno y ojos azules.

¡No es la Reina!!!

Paulina.

Piensa mal y errarás.

Por un reló y un sombrero.

¡Presente, mi General!

Simpatía y antipatía.

Tres pies al gato.

Un viernes.

Una tempestad dentro de un vaso de
agua.

Una comedia en un acto.

Una idea feliz.

Un anuncio en el Diario.

Viaje sentimental.

En dos actos.

Castor y Polux.

Dimas el titiritero.

El pilluelo de Paris (*Segunda parte*).
El orgullo castigado.

La última conquista.

La codicia rompe el saco.

Los hijos de su madre.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez.

Amante, rival y paje.

A público agravio, pública venganza.

Adriana Lecouvreur.

Amarguras de la vida.

Antes y despues.

Avaricia y despilfarro.

Cocinero y capitán.

Cárlos VII entre sus vasallos.

Celos, despecho y amor.

Conde, ministro y lac
Corona y tumba, ó el
Sigerico.
Cárlos I de España.

Duda en el alma, ó el
de Córdoba.

Dalla.

Don Lope de Vega Carpi

Don Alonso el Sabio.

Entre bobos anda el ju

El gran duque.

El pacto de sangre.

El velo de encaje.

El ángel de la casa.

El primo y el relicario.

El árbol torcido.

El conde de Selmar.

El collar de perlas.

El arenal de Sevilla.

El caballero de Harmen

El cardenal es el Rey.

El castellano de Tamar

El castillo del diablo.

El conde de Monte-Cris
mera parte.)

El conde de Monte-Cri
gunda parte.)

El conde de Herman.

El correo de Lion, ó el

la silla de postas.

El escudo de Barcelona.

El hijo del diablo.

El juego de ajedrez.

El sacrificio de una mad

El sereno de Glukstadt.

El subterráneo del castil

El género contra el poder

chiller de Salamanca.

El mejor alcalde el Rey.

El libro negro.

El judío errante.

En el crimen va el cast

condesa de Portugal.

En 1330.

El difunto Leonardo.

El molino de la ermita.

El corazón de un padre.

Eugenia.

Eulalia.

En la cara está la edad.

El tío Martin, ó la honr

11726 L 840

LOS CIRCASIANOS.

.Luz



1825

LOS CIRCASIANOS,

ZARZUELA ORIGINAL EN TRES ACTOS,

POR

DON LUIS DE OLONA.

MUSICA DE

D. EMILIO ARRIETA.

Decoraciones de D. Luis Muriel.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de la Zarzuela el 8 de
Abril de 1860.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1860.

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.

ACTORES.

ZELIA, circasiana.....	Doña JOSEFA MORA.
ISABEL.....	Doña JOSEFA MURILLO.
ANDREA, su aya.....	Doña MARIA SORIANO.
KAIDE (4).....	D. TIRSO OBREGON.
DANIEL.....	D. MODESTO LANDA.
BELTRAN, escudero del Conde.	D. VICENTE CALTAÑAZOR.
MULAK, circasiano.....	D. RAMON CUBERO.
EL CONDE DE ROSEN.....	D. FRANCISCO CALVET.
UN ALFEREZ.....	D. FRANCISCO ARDERIUS.
SAIN, circasiano.....	D. N. ROCHEL.

Circasianos de ambos sexos, soldados rusos, esclavas, aldeanos.

La accion en el Caucaso, siglo **XIX**.

(1) *La parte musical del papel de Kaide ha sido escrita en su origen para primer tenor, y asi se envia á provincias. El papel de Daniel pertenece á los primeros baritonos.*

La propiedad de esta zarzuela, la de

El Valle de Andorra.

Galanteos en Venecia.

Catalina.

Los Magyares.

Mis dos mujeres.

Amor y misterio.

El sargento Federico.

El posillon de la Rioja.

La cola del diablo.

El juramento.

Entre mi mujer y el negro.

La cotorra.

Gracias á Dios que está puesta la mesa.

Pablito, ó segunda parte de don Simon.

Las bodas de Juanita.

Los dos ciegos.

El amor y el almuerzo.

Amar sin conocer.

Casado y soltero.

pertenece á D. Luis de Olona, y nadie podrá sin su permiso reimprimirlas ni representarlas en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Los corresponsales del Sr. D. Prudencio de Regoyos, editor de la galeria lirico-dramática *El Museo Literario*, son los encargados exclusivos de su venta y cobro de derechos de representacion en dichos puntos.

ACTO PRIMERO.

Alegre campiña. Se ven en último término las montañas del Cáucaso. Un río atraviesa en segundo término la escena, escondiéndose por detrás de una pobre ermita que hay en el centro hacia la derecha (1). Este río es poco caudaloso por la izquierda, y se ven piedras que han sido colocadas en él para facilitar el paso del centro de la escena al proscenio. Del lado allá del río, la orilla es practicable y está llena de árboles. Se la supone la entrada de una vega. Algunas colinas muy frondosas y un alto puente hacia el fondo izquierda. En el proscenio, á la derecha, una casa de regular aspecto. Á la izquierda un gran grupo de peñas llenas de musgo, y de las cuales sale un manantial formando una fuente.

La acción empieza por la tarde.

ESCENA PRIMERA.

Música en la orquesta. Todo respira silencio y apacible calma. ANDREA aparece sentada á la puerta de la casa, hilando tranquilamente. La orquesta ejecuta algunos compases. Durante ellos ANDREA continúa hilando silenciosa y sin levantar la cabeza. Despues de terminados, sentada y sin dejar de hacer labor, canta lo siguiente.

CANTO.

AND. Hilando, hilando,
pasó la siesta,
y el sol muy pronto

(1) Entiéndase por derecha ó izquierda la del público.

declinaré.

Lo anuncia el viento
de las montañas,
que oliendo á flores
cruzó fugaz.

En tu aroma de tomillo
te conozco, vientecillo;
tú no vienes de la sierra
sino cuando el sol se vá.

Hilando, hilando,
y hora tras hora,
de tu frescura
quiero gozar.
¡Te siento, si!
¡Te siento ya...
mis pobres tocas
acariciar!

(La música suena bulliciosa y alegre, y se oye dentro la voz de Beltran, que no sale hasta el momento de decir el tercer verso de la copla.)

ESCENA II.

ANDREA, BELTRAN.

CANTO.—ALEGRO.

1.ª COPLA.

BELT. (Dentro.) ¡Vaya si es placer
ir á coger albaricoques!

(Saliendo con un cesto en la cabeza, y vivamente,)

¡Vaya si es placer...
por la razon que yo me sé. (Con malicia.)

(Se echa á bailar en el proscenio á la izquierda. Andrea le dice desde su silla lo siguiente.)

LOS DOS Á UN TIEMPO.

BELTRAN.

ANDREA.

(Bailando sin hacer caso de Andrea y

(Con mal gesto.)

con el cesto en la cabeza.)
 Trá lará lará lálá
 trá lará larera.
 Trá lará lará lálá
 trá lará laré!

¡Gracias al señor!
 ¡Hora es de volver!
 Fuera todo el día,
 ¿qué teneis que hacer?

2.^a COPLA.

BELT. (Sin hacerle caso y dejando de bailar.)
 ¡Ay qué gusto dá
 ir por las tardes á la vega!
 ¡Ay qué gusto dá...
 lo que se suele allí encontrar!
 (Se echa á bailar al rededor de la silla de Andrea.)

LOS DOS Á UN TIEMPO.

RELTRAN.

ANDREA.

(Siempre con el cesto en la cabeza, y
 danzando en ~~vano~~ de Andrea.)

¡Trá lará larara
 trá lará larera,
 trá lará larara
 trá lará lará!

(Beltran deja de bailar.)

(Sentada, enfadándose y que-
 riendo en vano alejar á Beltran.)

¡Ay! Estese quieto!
 ¿Vióse loco igual?

(Se levanta.)

¡Ay! ¡Que me marea!
 ¡Basta! ¡basta ya!

BELT. (Poniendo en tierra el cesto.)
 No se incomode,
 señora Andrea.

AND. (Enfadada.) ¿Qué significa
 tanto bailar?

(Con fuerza de intencion.)

¡Algo me oculta!

BELT. (Haciéndole señas para que calle y diciéndole en voz baja.)

¡Chss! No lo niego.

Voy á contárselo
 de pé á pá.

(Toma un aire de misterio, trae de la mano á Andrea junto al
 proscenio y dice dándole mucha importancia á las palabras como
 quien hace una gran revelacion.)

:

Cuando salgo de casa
 á cierta hora...
 que no diré,
 en un sitio... que callo,
 me encuentro... aquello
 que yo me sé.
 Por razones... que omito,
 lo que allí pasa
 reservaré.
 (En tono concluyente.)
 Y el resto.... lo suprimo,
 visto lo claro
 que me expliqué.

AND (Confundida.) Ni una palabra
 pude entender.

BELT. (Á Andrea.) Así el secreto
 guardará bien.

(Se separa de Andrea, y dice aparte con aire confidencial.)

ALEGRO.

BELT. (Ap.) ¡No sepa nadie
 que por la vega,
 voy tras la niña
 que me embeles a!
 No sepa nadie
 que su desden
 ¡ay! es el premio
 de mi querer!

(Piano.) ¡Lo callaré!
 ¡lo ocultaré!
 ¡El disimulo
 válgame pues!

(En voz alta y muy alegre.)
 ¡Qué albaricoques!

(Señalando al cesto.)
 ¡Qué albaricoques!
 ¡Ir á cogerlos
 es un placer!

LOS DOS Á UN TIEMPO.

BELTRAN. (Ap.)	ANDREA. (Ap. y mirándole de soslayo.)
(No sepa nadie	(¡Tanto rodeo
que por la vega	dióme sospecha!
voy trás la niña	¡Algo me oculta!
que me embelesa.	¡algo me niega!
No sepa nadie	Pero mañana
que su desden	lo he de saber,
¡ay! ¡es el premio	pues á la vega
de mi querer!	le seguiré.
(Piano.) ¡Lo callaré!	(Piano.) ¡Le acecharé!
¡lo ocultaré!	¡le atisbaré!
¡El disimulo	Disimulemos
válgame pues!)	por esta vez...)
(Los dos mirándose y señalando al cesto con gran animacion.)	
Fuerte.) ¡Qué albaricoques!	(Fuerte.) ¡Qué albaricoques!
¡Qué albaricoques!	¡Qué albaricoques!
¡Ir á cogerlos	¡Ir á cogerlos
es un placer!!	es un placer!!

HABLADO.

BELT. Probad uno, señora Andrea. Este. (Sacando un albaricoque del cesto.) ¡Mirad qué gordo! (Presentándose.)

AND. (Cogiéndolo.) ¡Ay, si! Dios lo bendiga. (Vá á comérselo y de pronto lo retira de la boca, exclamando.) ¡Válgame la Virgen! Tomad. (Se lo devuelve á Beltran.) ¡Ya iba á quebrantar el ayuno.

BELT. (Comiéndose y con la boca llena.) ¿Pues qué, hoy es viernes?

AND. Todos los dias son buenos para hacer penitencia. Y por cierto que bien podíais tomar ejemplo de vuestra ama y de mí, en lugar de pasar el dia holgando por esos campos.

BELT. (Con mal humor.) Ya rezamos todas las noches el rosario. ¿Me he de estar siempre en casa?

AND. Peor estábais antes, siguiendo á nuestro amo el señor Conde en la conquista de este pais.

BELT. ¡Cá! Si yo no peleaba. Era forrajero... y me quedaba

con las acémilas. Por eso el señor Conde me ha enviado con vos... (Movimiento de Andrea.) al salir de nuevo á campaña.

- AND. (Picada.) ¿Si? Ya sabrá lo bien que os portais. (Pausa.)
- BELT. (Acercándose á ella y con acento cariñoso.) Vamós, señora Andrea. ¡Si yo s y muy bueno y os quiero mucho!— ¿Quién os trae todas las mañanas un ramo de rosas para el altarito que teneis en vuestro cuarto? ¿Quién vá á la aldea á compraros bollos de aceite? ¿Quién os avis a cuando pasa algun circasiano por aqui, para que rocieis la puerta con agua bendita? (Dándole con el codo.) ¡Hum! ¡Desagradecida!
- AND. No me habéis de circasianos, que me pongo á temblar. Cuando veo esas montañas del Cáucaso y pienso que detrás de ellas hay tanto enemigo de Dios...
- BELT. Pero el señor Conde nuestro amo, que gobierna el pais, los ha puesto á raya, y bien duramente por cierto. Asi es que al partir al sitio de Derban hizo muy bien en sacar á su hija de esa condenada villa de Valka, y en tenerla en este valle, donde nadie nos conoce y cuyos habitantes aceptan de buena gana la dominacion rusa.
- AND. ¡Dichosa dominacion! ¡No sé por qué nuestro Czar Ivan tercero quiere poseer esta tierra de salvajes! ¡Ay! Cuánto mejor no estábamos en Moscou...
- BELT. ¡Eh! Qué diantre —Despues de todo, los circasianos no son tan mala gente.
- AND. ¿Qué decís? ¡Unos infieles! Unos pícaros, que á ejemplo de los moros se casan con diez ó doce mujeres...
- BELT. Si. Nos llevan esa ventaja.
- AND. ¿Eh?
- BELT. (Huy.) (Disimulando.) Quiero decir que tienen esa ventaja sobre las pobres circasianas.
- AND. Buenas son ellas tambien .
- BELT. ¡Oh! En cuanto á eso... ya sabeis que tienen una fama de... ¡ph! (Gesto de ponderacion.)
- AND. ¡Qué! O¿ gustarian á vos...
- BELT. (Ap.) (¡Ay! si supiera... (Alto.) ¡Psss! Segun. Algunas tienen tanta gracia... y seducen de tal modo...
- AND. ¡Señor Beltran! ¿Cómo sabeis vos que seducen?
- BELT. (Ap. y vivamente.) (¡Me vendí!) ¡Toma! si es fama...
- AND. (Con sospecha.) ¿Qué haceis tantas horas en la vega de algunos dias á esta parte?

- BELT. (Ap.) ¡Malorum!
- AND. (Acalorándose.) ¿Os figurais que yo soy tonta? Que no he llegado á sospechar... (Exclamando.) ¡Jesus María y José! ¡Me horrorizo al pensarlo!
- BELT. (Viramente.) ¡No es verdad! ¡Eso es una calumnia! (Ap.) ¡Cáspita! ¡Lo acertó!
- AND. ¡Hola! ¡Adivinai lo que quiero decir!
- BELT. (Alzando la voz.) ¡Repito que es mentira! Estos albaricques son testigos...
- AND. (Mirando al interior de la casa.) ¡Callad, imprudente! ¿No veis que baja nuestra ama?
- BELT. ¡Ay Dios mio! Ahora que recuerdo... Yo que le ofrecí volver á la aldea por si habia llegado algun correo de su padre...
- AND. ¿Y os estais con esa cachaza?
- BELT. Pronto vuelvo. (Yéndose apresurado.) Decid que no me habeis visto! (Se vá corriendo por la izquierda.)
- AND. (Siguiéndole con la vista.) ¡Ah bellaco! Si el amo se hallara aqui...

ESCENA III.

ANDREA, ISABEL.

(Isabel aparece en el umbral de la puerta. Andrea exclama, dirigiéndose á ella, con sumo cariño y yendo á su encuentro.)

- AND. ¡Qué hermosa estais con ese tocado! (Doña Isabel se adelanta lentamente.) ¡Envidia dá á las flores el rosicler de vuestras mejillas!
- ISAB. (Sonriendo melancólicamente.) ¡Loca!
- AND. Loca; sí. Loca me tienen vuestros hechizos. (Cogiéndose ambas manos y poniéndose á mirarla embelesada.) Dejadme contemplaros. ¿No quereis que tanto os ame cuando sois tan bella y tan buena?
- ISAB. Con razon dice mi padre que pecas de indulgente conmigo.
- AND. ¡Pues! (Soltándola.) ¡Como si él, con todo su aspecto severo, no fuera en eso peor que yo!... Bien se le saltaron las lágrimas el dia de su partida: y por mas que estiraba los ojos y tosia fuerte para disimular...
- ISAB. ¡Oh! sí. ¡Lo recuerdo!

- AND. Ya veis que no tiene por qué reconvenirme. Yo hago lo mismo que él.
- ISAB. (Cariñosamente.) Lo mismo, puesto que me quieres como una madre.—Pues bien.—Yo también te quiero mucho. (Con dulce naturalidad.) Deja que te dé un beso. (Le dá un beso en la frente.)
- AND. ¡Ya lo echaba de menos! (Pausa. En tono familiar.) ¿Estais hoy más alegre?
- ISAB. (Con desaliento.) No sé.
- AND. ¡Os vá cansando esta soledad!
- ISAB. Al contrario. La prefiero á todo. (Vivamente.)
- AND. Verdad es que siempre hemos vivido en tal clausura... Y sin embargo, ya no os veo, como en los primeros días, correr por ese valle, saltar por entre las flores... (Isabel suspira.) ¡Subir cantando á la cumbre de esas colinas!...
- ISAB. (Como buscando una disculpa.) La idea de que mi padre corre tantos peligros...
- AND. Pronto, Dios mediante, le volveremos á ver. (Con sonrisa maliciosa.) ¡Yaya! ¡Levantad esos ojos, y confesad que otra es también la causa de vuestra melancolía.
- ISAB. (Algo inquieta.) ¿Otra?
- AND. Y no lo extraño. ¡Cómo no pensar en una boda tan brillante! En un caballero tan noble y tan rendido como el príncipe Juan! Negadme ahora que quedásteis prendada de él cuando os lo presentó vuestro padre.
- ISAB. (Pensativa y triste.) ¡Es verdad!
- AND. Por fortuna la guerra está á punto de terminarse... y el mal de la ausencia concluirá pronto también.
- ISAB. ¡Calla por Dios! ¡No hablemos de eso! (Con angustia.)
- AND. ¿Por qué?
- ISAB. (Vivamente.) ¿Por qué? (Señalando.) Tiende la vista en derredor tuyo. ¿No ves qué hermosa está la vega con las suaves tintas de la tarde? ¿No oyes el son dulcísimo de ese río que manso vá lamiendo las flores que crecen en su orilla? ¿No sientes este aire puro, esta calma apacible que inunda el corazón de consuelo y brinda con una felicidad desconocida? Pues bien. Arrancarme de estos sitios es para mí condenarme á una cruel tristeza! ¡á las mas inexplicable amargura!
- AND. (Admirada.) ¡Isabel!... ¡No os comprendo, hija mia! (Con sobresalto y cariño.) ¿Qué extremos son estos? ¿Qué emoción es la vuestra?

- ISAB. (Dominándose.) Ninguna, no: ninguna. Yo espero que estas ideas se disiparán. Si. Tú dices bien. Mi padre me destina á un noble y digno caballero! Á un hombre á quien yo creí amar... y á quien daré mi mano. (Tristemente.) ¡Si! ¡Es preciso!
- AND. (Exclamando.) ¡Dios mio! Cuando tenemos diez y ocho años nos dan unas manías...
- ISAB. No me hagas caso.
- AND. ¿A quién se le ocurre querer pasar la vida entre estos matorrales?
- ISAB. (Señalando á la ermita que hay en el fondo.) ¿Ves? La ermita está ya abierta... y es hora de ir á rezar nuestra oración. (Se dirige lentamente hácia la ermita, marchando de espaldas al público.)
- AND. (Todavía en el proscenio.) ¡Si! Eso importa mas que nada. ¿En dónde puse mi rosario? (Lo saca de un bolsillo.) ¡Ah! (Echa á andar detrás de Isabel.) Vaya, vaya: que se oyen unas cosas... ¿Eh? (Isabel se detiene cerca de la puerta de la ermita y mira con inquietud á derecha é izquierda.) ¿Qué miráis?
- ISAB. (Vivamente.) ¿Yo? Nada. Creí que no me seguías. (Entra en la ermita.)
- AND. ¿Pues no? (Entra en la ermita rezando estas palabras.) *Introibo in domo Dei nostri...* (Desaparecen. Música en la orquesta.)

ESCENA IV.

À los pocos compases ZELIA Y DANIEL aparecen en la orilla opuesta, al frente izquierda del público.—Vienen lentamente. Zelia apoya su brazo izquierdo en el hombro de Daniel, y trae en la mano derecha un baston largo y toco.—Al llegar á la orilla, se detienen.—Zelia se adelanta y apoyándose en el baston cruza el rio saltando por las piedras que hay en él.—Daniel la sigue del mismo modo.—Visten ambos trajes circasianos.—Al llegar á la orilla del proscenio, Zelia se manifiesta cansada y se detiene.—Daniel avanza un poco mas y vé que ella se ha quedado parada.—Todo esto acompaña-do de la orquesta.

CANTO.—ANDANTINO.

- DAN. (Á Zelia con dulce y grave entonacion.)
Sombra te dá el ramaje.

frescura el claro río;
ven, y el rigor mitiga
del ardoroso estío.

(Reparando en el manantial.)

Entre la verde roca
brotando el agua está.—
Ven, que sus ondas puras
tu sed apagarán.

(Zelia dá algunos pasos.)

(Con cariño.) Sigue mi huella,
pronto verás
cuál tu fatiga
se calmará.

Mira la fuente: ¡ven!
¡Mira brotar
las ondas cristalinas,
del cándido raudal.

(La orquesta continúa.—Los dos se dirigen lentamente al manantial; llegan.—Zelia se inclina y bebe.—Todo esto en silencio y acompañado de la orquesta.—Cuando Zelia ha bebido, respira dulcemente y exclama, sin separarse los dos del manantial.)

ZELIA. ¡Ya el pecho alienta!

DAN. (Con cariñosa inquietud.)

¡Qué fatigada!

ZELIA. (Dulcemente y con sencillez.)

No, hermano mío,
no temas nada.

DAN.

¡Vaga tu vista!
¡Siéntate aquí!

(La sienta al pié del manantial y él se sienta á su lado.)

ZELIA. (Con decaimiento.)

Pienso que el sueño
me vá á rendir.

DAN. (Con gran interés.) ¿Nuevas ningunas
de Derban traes?

ZELIA. (Con decaimiento.)

Nuevas ningunas
pude adquirir.

(Desmayadamente.)

Corriendo en vano...

DAN.

(Inquieto y levantándose.)

ZELIA. ¿Qué tienes? ¿Dí?
Siento que el sueño
me vá á rendir.

LOS DOS Á UN TIEMPO.

ZELIA. (Durmiéndose.)

DANIEL. (En pié, pensativo y ap.)

¡Qué dulce calma!
¡Déjame aquí!
¡Me rinde el sueño!
¡Quiero dormir!
(Se queda dormida.)

¡Mortal zozobra
se agita en mí!
¿Cuál es, oh patria!
¿Tu suerte en fin?
(Pequeña pausa.)

ZELIA.

(Entre sueños.)

¡Daniel! ¡Hermano mi ol!

DAN.

(Acercándose.)

¡Zelia! (La mira.) Durmióse ya.

(Contemplándola con afecto.)

Sola en él mundo,
por mí amparada,

(Con tristeza.)

nombre de hermano
siempre me dá!

DAN.

(A Zelia, dormida.)

¡Fiel compañera mía!

¡Luz de mi soledad!

¡Cuándo será aquel día
de amor y libertad!

¡Suena en mi noble tierra
grito de santa guerra!

Y aunque por tí me muero,
mudo mi labio está!

(Con gran ternura y pasión.)

¡Diérate yo mi vida! ¡ay!

¡Diérate yo mi vida!

(Con energía.)

¡Mas no! ¡Que á costa de ella
mi patria he de salvar!
(Dulcemente.) ¡Duerme en paz!
¡Duerme en paz!
Este amor
no sabrás!
(Con fuerza-)
¡Que á costa de mi vida
la patria he de salvar!

(Se queda contemplándola. Cesa la música. Pausa. Por entre los árboles sale una voz que dice:)

UNA VOZ. ¡Daniel!

ESCENA V.

DANIEL vuelve la cabeza, aunque sin separarse de ZELIA. SAIN, circasiano, aparece entre los árboles y desde allí exclama con misterio.

SAIN. ¡Daniel! Soy yo.
DAN. (Se acerca vivamente á él.) ¿Qué me quieres?
SAIN. (Avanzando hácia el proscenio.) La noche se aproxima... y ni una lanza enemiga asoma por la vega.
DAN. (Con interés.) ¿Y Kaide? ¿Qué es de Kaide?
SAIN. Nadie le ha visto. El hijo de nuestro antiguo caudillo no se apresura á vengar á su padre.
DAN. ¡Ten la lengua! ¿Cuándo salió Kaide de nuestras montañas, que no fuera para asombrarnos con algun ejemplo de valor?
SAIN. Pero hoy que el enemigo se ha hecho dueño de esta tierra.. hoy que amenaza á Derban, la mas bella y rica de nuestras ciudades...
DAN. Pronto se volverá fugitivo á sus heladas regiones, si es que no le sepultamos antes en el profundo seno del mar Caspio. Sain, ¿nuestras atalayas ocupan las alturas?
SAIN. Y se darán unos á otros la señal convenida, si divisan por los caminos gente armada.
DAN. Como ninguna llegue esta noche, nada se opondrá á que pronto penetremos victoriosos por las antiguos muros de Valka.
SAIN. ¿Quieres que nos informemos en la aldea?...
DAN. Si.—Aguarda un instante. (Se dirige adonde está Zelia. Sain

le sigue. Los dos la miran, pequeña pausa.)

- SAIN. (En voz baja.) ¿Zelia duerme?
 DAN. (id.) Me duele turbar su reposo.—;Mírala qué hermosa!
 SAIN. ¡Mucho le debió siempre á tu cariño!
 DAN. (Con expresion.) ¡Mucho! ¡Si! (Siempre en voz baja.) Partamos. Ella conoce el pais... y á nadie inspira el menor recelo.—Sígueme. (Daniel y Sain se van vivamente.)

ESCENA VI.

ZELIA dormida.—ISABEL saliendo de la ermita, siguiendo á ANDREA, que viene rezando aun.

- AND. (Viniendo hácia el proscenio.) *Per omnia secula seculorum... ¡amen!* (Guarda el rosario.) ¡Ajá! Ya hemos hecho algo por el alma. Voy ahora á preparar mi colacion. (Repara desde lejos en Zelia.) ¡Calle! ¿Qué es lo que estoy mirando? ¡Una mujer dormida!
 ISAB. (Que venia lentamente, se adelanta con viveza.) ¿Una mujer? (Se acerca, vé á Zelia y dice.) ¡Y es bella!
 AND. (Aproximándose algunos pasos exclama con terror.) ¡Virgen Santa! ¡Si es una circasiana! (Escandalizada.) ¡Una infiel á las puertas de nuestra casa!
 ISAB. (Que contempla con interés á Zelia, se vuelve á Andrea diciéndola.) ¡Oh! ¡Deja! ¿Eso qué importa?
 AND. (Gritando cada vez mas.) ¡Háse visto descaro! ¡Qué horror! ¡Qué abominacion! (Á estos gritos Zelia se despierta y se incorpora vivamente, quedando sentada y apoyado un brazo en el asiento, sin reparar aun en Isabel y Andrea.)
 ISAB. (Vivamente y en voz baja á Andrea.) ¿Por qué la has despertado? (Pausa.)
 ZELIA. (Echándole de menos.) ¡Daniel! ¡Daniel!
 AND. (Ap. y observándola.) ¡Ay! ¿si llamará al demonio?
 ZELIA. (Para sí.) ¡NO está! (Reparando en Isabel y Andrea.) ¿Qué me quereis? ¿Por qué me mirais asi?
 AND. (Á Zelia bruscamente.) Yo miro, porque... (Zelia se vá levantando lentamente.)
 ISAB. (Á Andrea interrumpiéndola.) ¡Calla! ¿Qué mal te ha hecho esta pobre jóven?
 AND. (Insistiendo.) Me ha hecho... ;que yo no quiero tratar con infieles!
 ZELIA. (Ya en pié y con cierta ironia.) ¡Aah!

- ISAB. (Á *Andrea*.) Pues bien: vete allá dentro... y se desvanecerán tus escrúpulos. (*Zelia* las escucha atentamente.)
- AND. ¿Y vos os quedáis sola con esa mujer?
- ISAB. Sí. Por curiosidad. Me inspira simpatías.
- AND. ¡Isabel!
- ISAB. Yo te lo mando.
- AND. ¡Siquiera ved si la podéis convertir.
- ISAB. (Sonriendo.) Quizás. Vete. ¿No ves que la asustas?
- ZELIA. (Sonriendo á *Isabel*.) ¡Oh! No lo creáis, señora.
- AND. (Ap.) ¡Qué voz tan dulce tiene la condenada!
- ISAB. ¡*Andrea*!
- AND. Bien, si: Ya me marchó. (*Entra en la casa, no sin mirar de reojo á Zelia.*)

ESCENA VII.

ISABEL, ZELIA.

- ISAB. (Afectuosamente á *Zelia*.) No la guardéis rencor.
- ZELIA. ¡Rencor! No lo conoce mi alma, y solo debo agradecer vuestra bondad. (Pausa.)
- ISAB. Sois cortés.
- ZELIA. (Sencillamente.) Soy sincera.
- ISAB. ¡Y hermosa!
- ZELIA. ¡Quién puede parecerlo á vuestro lado?
- ISAB. ¿Venís de muy lejos?
- ZELIA. Mi aldea está en el seno de esa sierra. El calor y la fatiga me rindieron... y me quedé dormida.
- ISAB. Creí haberos oído pronunciar un nombre.
- ZELIA. El de mi hermano. Le llamo así, señora, porque huérfana, y sola en este mundo, él se compadeció de mí, amparándome con noble generosidad.
- ISAB. (Con afecto.) ¡Pobre jóven! ¿Y cuál es vuestro porvenir?
- ZELIA. ¡El de mi patria! Por defenderla perdimos todo cuanto poseíamos, y solo nos quedó la vida, para sacrificarse-la cuando el momento llegue.
- ISAB. (Con pena.) ¡Qué! ¡Todavía se abrigan en vuestro corazón sentimientos de venganza! ¡Tanto odio nos profesáis!
- ZELIA. (Con natural franqueza.) Á vos, no. Desde que os he visto... os he amado.
- ISAB. (Con interés.) ¿Por qué?

- ZELIA. Á veces, señora, el afecto y la confianza no se explican. Son... como una luz, cuyo resplandor ciega, sin que podamos distinguir sus colores. Os miro... y no sé por qué, me pareceis digna de mi amistad.
- ISAB. Entonces... poned á prueba la mia. ¿Puedo hacer algo por vos? ¿Por vuestro hermano? ¿Por alguna persona, en fin, que os sea querida?
- ZELIA. (Vivamente y con emocion.) ¿Querida? (Suspirando con placer.) ¡Oh!
- ISAB. (Con interés.) ¿Suspirais? ¿He despertado quizá en vos algun triste recuerdo?
- ZELIA. (Vivamente.) ¿Triste? ¡Ah, no, señora, no! Al contrario. Este suspiro es un eco alegre de mi alma! Es... el ay dulce de un misterioso amor.
- ISAB. ¿Misterioso? (Conmovida.) ¡Qué! vos tambien... (Se contiene.)
- ZELIA. ¿Qué decis?
- ISAB. (Turbada.) ¿Yo? No sé. Os preguntaba...
- ZELIA. Nadie, ni mi hermano mismo sabe este secreto que ahora se escapa de mis labios. Pero bien, he de daros una prueba evidente de la confianza que me inspirais. ¿No es cierto?
- ISAB. ¡Oh! si.
- ZELIA. Vos ademas no podeis conocer al objeto de mi cariño...
- ISAB. ¿Y él os corresponde?
- ZELIA. Él ignora que yo le amo. Antiguo y fiel amigo de mi hermano, los tres hemos sufrido juntos las desgracias de nuestra patria.
- ISAB. (Cariñosamente.) Pues bien, habládme de él. Yo comprendo lo que puede gozar un corazon confiando el secreto de su cariño. Quereis mucho á ese hombre, ¿no es verdad? ¿Merece vuestro amor?
- ZELIA. (Vivamente.) ¡Que si lo merece! ¡Ah! ¡oidme... si es que yo alcanzo á explicar lo que él vale!

CANTO.

ESTROFAS.

Rápido cruza la vega

en su tordillo mi Kaide,
y su carrera atrevida
roba las alas al aire.
Noble, galan, valeroso,
emprendedor como nadie,
quien no le teme le admira,
quien no le envidia, le aplau de.

—
¡Ay! ¡mi pasion
pintaros no puedo!
¡Asi que él se vá
sin sombra me quedo!
¡Y á cada alborada
que miro brillar,
exclamo afanosa...
«¡Mi Kaide! ¡Ven ya!»

II.

Nadie le gana en destreza,
ni hay quien en danzas le iguale;
ni hay en la sierra un mancebo
mas seductor y arrogante.
¡Queman de amor sus miradas,
no tiene igual su donaire,
y es tan alegre su risa
como la risa de un ángel!

—
¡Ay! ¡Mi pasion
pintaros no puedo!
¡Asi que él se vá
sin sombra me quedo!
Y á cada alborada
que miro brillar,
exclamo afanosa...
«Mi Kaide. ¡Ven ya!» (Cesa la música.)

HABLADO.

ISAB. ¡Oh, si! ¡Comprendo ese deseo! ¡Esa mortal angustia
con que esperareis hora tras hora el instante de vol-

verlo á ver! Instante venturoso... porque no os amenaza una separacion eterna! (Con tristeza.)

ZELIA. (Estremeciéndose.) ¿Eterna? Me moriría entonces, señora. ¡Porque Kaide es mi vida! Porque si el día que él supiera mi secreto me dijese... Zelia, renuncia á ese cariño... ¡Oh! ¡Esta idea me hace callárselo por miedo de mí misma!

ISAB. ¿Qué hombre no se tendrá por dichoso, siendo amado de vos?

ZELIA. Bien hice en creeros digna de mi confianza. Vuestras palabras me prestan ánimo y consuelo. ¿Aceptais mi amistad con la misma franqueza con que yo os la ofrezco?

ISAB. Solo para haceros todo el bien posible. La religion que profesais, me impide...

ZELIA. ¡Es decir que no nos volveremos á ver!

ISAB. Yo debo abandonar pronto estos parajes... y no seré dueña de mi voluntad.

ZELIA. El cielo os haga tan dichosa como vuestra bondad merece. Y si alguna vez os acordais de esta casual entrevista, pensad en que mi afecto hácia vos será siempre leal y sincero. (Hace un movimiento hácia el fondo de la escena.)

ISAB. ¿Os vais?

ZELIA. Si. Me esperan en la montaña y ya empieza á anoche-
cer.

ISAB. (Ap. con inquietud,) ¡Á anochecer! (Alto.) No os olvidaré, Zelia. Adios... y él os proteja. (Zelia la saluda.) Isabela está en la casa.)

ZELIA. (Sola, mirándola marchar.) ¡Él proteja también tu vida y tu hermosura! (Cambiando de tono.) Ya es tarde. Mucho me he descuidado. Corramos á mi puesto. (Se dirige hácia la izquierda. En este momento se oye la voz de Beltran dentro.)

BELT. (Dentro.) ¡Señora Andrea! Señora... (Sale corriendo por la izquierda, y al ver á Zelia se detiene exclamando con alegría.) ¡Cielos!!

ZELIA. (Retrocediendo.) ¿Quién vá? (Vá oscureciendo lentamente.)

ESCENA VIII.

ZELIA, BELTRAN.

- BELT. ¡Es ella! ¡La circasiana de mis pensamientos!
 ZELIA. (Que manifiesta reconocerle.) ¡Otra vez en mi presencia!
 (Con enojo.)
- BELT. ¡Siempre! ¡Yo no vivo sin tener presente tu presencia!
 ZELIA. (Sonriendo con desprecio.) ¡Necio!
- BELT. (Ap. contento.) ¡Se ríe! (Á Zelia.) ¡Te ríes!
 ZELIA. Si tal. ¡Déjame!
- BELT. (Cerrándole el paso.) Escucha por todos los santos.
 ZELIA. No. (Con energía.)
- BELT. ¡Deja que te convierta!
 ZELIA. (Indignada.) ¡Á mí!
- BELT. Sí. En mi mujer. Y te alegrarás. Los cristianos no te-
 nemós mas que una... salvo algun trapicheo...
 ZELIA. ¡Vióse menguado!
- BELT. ¿Me dejas acompañarte? (Viveza en el diálogo.)
 ZELIA. No.
- BELT. ¿Podré verte mañana? Yo quiero verte mañana.
 ZELIA. Te empeñas en vano.
- BELT. (Picado.) ¡Si? (Con resolución.) ¡Yo te buscaré! Yo sé cuál
 es tu aldea.
- ZELIA. (Con cierto aire de amenaza.) Pues bien. ¡Vé allí si tienes
 valor!
- BELT. (Contento.) Una cita. ¿Me das una cita? (Cayendo á los piés
 de Zelia.) Ah, lucero de la maña...
- AND. (Apareciendo en la puerta y viéndole de rodillas.) ¡¡¡ Jesús!!!
 (Santiguándose repetidas veces.)
- ZELIA. (Dándole un émpellon y yéndose.) ¡Aparta! (Se vá.)
- BELT. (Levantándose aturdido.) ¡El aya! (Á Andrea vivamente.)
 ¡Es mentira! Vos no habeis visto nada!

ESCENA IX.

BELTRAN, ANDREA.

- AND. ¡Ah, hereje! ¡Embustero! (Gritando.)
 BELT. ¡No es verdad! ¡Eso es que yo venia corriendo y dí un
 tropezon!

- AND. Id á confesaros ahora mismo.
 BELT. ¡Estoy de prisa! Traigo una carta que ha llegado del señor Conde. (La saca.)
 AND. (Impidiéndole el paso.) ¡Aquí no entra nadie en pecado mortal!
 BELT. (Dando voces.) ¡Señora! ¡Señora!
 AND. ¡Pero cómo puede gustarle una infiel!
 BELT. ¡Yo me entiendo! (Llamando sin que Andres le deje pasar.)

ESCENA X.

DICHOS, ISABEL, saliendo vivamente de la casa.

- ISAB. ¡Dios mio! ¿Qué pasa?
 (Andrea vá á hablar, pero Beltran con la velocidad del rayo, le pone la mano derecha en la boca, y con la izquierda alarga á Isabel la carta.)
 BELT. (Á Andrea.) ¡Punto en boca! (Á Isabel.) Esa carta de nuestro amo.
 ISAB. (Cogiéndola vivamente.) ¡De mi padre! (La abre, y lee para sí.)
 BELT. (Se vuelve á Andrea y en voz baja y amenazadora, le dice haciéndola poco á poco retroceder hasta los bastidores de la izquierda mientras Isabel lee.) Si decis una palabra no os traigo más bollos, aunque me lo supliqueis de rodillas!
 AND. (Retrocediendo aturdida.) Pero...
 BELT. (Continuando.) ¡Si decis una palabra, cuento que ayer me poniais los ojos tiernos!
 AND. (Aterrada.) ¡Ay! ¡Callad por la Virgen!
 BELT. (Talarcando para disimular y haciéndole al mismo tiempo señas á Andrea para que calle.) Talararí... (Sério.) Talararó... (Sério.) ¡Tiririrí!...
 ISAB. (Viniedo cerca de ellos, conmovida.) ¿Quién te ha dado esta carta?
 BELT. El señor burgomaestre de la aldea.
 AND. (Pasando al lado de Isabel.) ¿Qué emocion! ¿Dice algo que deba entristeceros?
 ISAB. No. Mi padre vá á llegar de un momento á otro.
 AND. ¿De veras?
 BELT. ¿Que me place!
 ISAB. El czar no ha querido que permaneciera por mas tiempo lejos de este pais... y vuelve hoy mismo para condu-

cirme en seguida á Valka... donde según me anuncia se celebrará mi boda. ¡Oli! (Casi llorando.) ¿Lo ves? ¡Van á casarme!

- AND. ¿Y qué?
- BELT. Mejor.*
- ISAB. (Á Beltran.) ¡Calla! (Afi-gida.)
- BELT. (Ap.) ¡Hombre, esto si que es raro! Una mujer que llo-ra porque se casa, en vez de llorar para que la casen!
- AND. ¡Dios mio!... ¡Ese llanto me pone en un mar de confu-siones! ¿Qué teneis? Afi-giros cuando vais á ver á vues-tro padre...
- ISAB. ¡Tienes razon! ¡Soy muy ingrata para con el cielo! (Afi-gida.) Pero esa boda...
- AND. ¡Esa boda es como cualquiera otra!
- BELT. Ajá. Y al fin... Un marido no es ninguna fiera.
- AND. (Á Isabel.) Si hubierais tenido tres, como yo...
- BELT. (Con naturalidad.) ¡Toma! Todavía no sabemos...
- AND. (Volviéndose enfadada á Beltran.) ¿Qué estais charlando vos, papanatas? Ocupaos en poner la mesa, que ya es hora de hacer colacion.
- BELT. Si. No tardarán en dar las oraciones.
- ISAB. (Estremeciéndose.) ¡Las oraciones! (Se ven cruzar por distan-tos lados del fondo, y á lo lejos, dos ó tres grupos de segadores separados unos de otros.)
- AND. (Señalando.) Como que ya se retiran los segadores á sus casas. (Se oyen campanas dentro y lejos.) Dicho y hecho. ¿Ois las campanas de la aldea?

ESCENA MUDA.

Música en la orquesta. Se oye un lejano y sencillo toque de campanas. Los segadores se detienen, se descubren y se quedan en actitud de orar, Isabel, Andrea y Beltran se quedan tambien inmóviles figurando que rezan. Despues de una larga pausa y siempre acompañando la orquesta con una sencilla y religiosa melodia, los segadores se cubren y se van lentamente por distintos lados hasta desaparecer. Andrea coge su rueca y hace señas á Beltran para que le ayude. Este la obedece y entran en la casa llevándose la rueca, la silla y el cesto de albáricos. Isabel se queda sola y muy pensativa. Las campanas cesarán. La orquesta continúa ya con otro carácter de música. Al mismo tiempo Isabel exclama:

- ISAB. (Hablando con orquesta.) ¡Dios mio! ¡Para obedecer á mi padre!... para dar lealmente mi mano y mi corazon al

noble esposo que me destina... ¡haced que yo olvide este insensato amor! ¡Prestadme la energía que me falta! (Kaide, vestido de caballero ruso, aparece en el foro. Pausa. Isabel continúa sin verle.)

ISAB. Esta es la hora acostumbrada, ¿Por qué vacilo? Pronto. ¡Huyamos de aquí! (Se dirige velozmente á la casa, pero Kaide se le presenta. Isabel retrocede. Golpe de orquesta.)

ISAB. ¡Cielos!! (Se queda indecisa.)

ESCENA XII.

ISABEL, KAIDE.

CANTO.

KAIDE. (Deteniendo á Isabel con suma dulzura y cortesania.)

¿Adónde, mi tesoro,
mi bien, hermosa mía,
adónde vais turbada?
adónde fugitiva?

¿No veis que ya la noche
tendió su sombra amiga?

¿No es esta ya la hora
que anhelo todo el día?

(Apasionado.) Con más amor que nunca
os vuelvo, niña, á ver.

¡Miradme cariñosa
ó muero á vuestros pies!

ISAB. (Ap.) (¡Por qué, ay de mí,
por qué le amé!)

KAIDE. (Continuando.) ¡Con más amor que nunca
os vuelvo, niña, á ver!

LOS DOS Á UN TIEMPO.

KAIDE.
¡Miradme cariñosa
ó muero á vuestros pies!

ISABEL. (Ap.)
¿Por qué, desventurada,
le dí mi tierna fé?

KAIDE.

¿Qué os atormenta?
 ¿Qué os dá recelo?
 ¡Fiel y rendido
 me veis aquí!
 ¡Decid... de sí!
 ¿Por qué os encuentro,
 mi bien, así?

ISAB. (Separándose de él, exclama en un arranque de dolor.)

¡Jamás al valle fuera
 donde me vió...
 donde le ví!...
 ¡Jamás por él sintiera
 la ardiente llama
 que siento en mí!
 ¡Sal, ay, del pecho,
 pasión tirana!
 Yo mis deberes
 sabré cumplir.
 ¡Pero al mirarle
 de pena muero!
 ¡Perdona, oh padre,
 mi frenesí!

LOS DOS Á UN TIEMPO.

ISABEL. (Ap.)

¡Sal, ay, del pecho,
 pasión tirana!
 Yo mis deberes
 sabré cumplir!
 ¡Pero al mirarle
 de pena muero!
 ¡Perdona, oh padre,
 mi frenesí!

KAIDE. (Á Isabel.)

De vuestros ojos
 la luz me falta.
 ¡Miradme, hermosa,
 miradme en fin!
 ¡Que sin los rayos
 de esos luceros,
 ni un solo instante
 podré vivir!

LOS DOS.

¡Jamás al valle fuera
 donde me vió...
 donde le ví!

¡Bien haya el valle ameno
 donde me vió,
 donde la ví!

¡Jamás por él sintiera
la ardiente llama
que siento en mí!
(Cesa la música.)

¡Con sola una mirada
ardió la llama
que siento en mí!

HABLADO.

- KAIDE. (Cogiendo á Isabel suavemente de la mano y con suma dulzura.) Venid. (Conduciéndola al pié del manantial.) Sentaos aquí: á mi lado, como todas las noches.
- ISAB. (Sentándose maquinalmente, dice aparte con voz apagada.) ¡Dios mío!
- KAIDE. (Que se sienta á su lado, y le dice á media voz y muy cariñoso.) ¿Qué teneis? ¿Qué agitacion es esa?
- ISAB. (Sin saber qué decir.) Vuestra llegada repentina... El temor de que me sorprendan...
- KAIDE. Tranquilizaos. Si algun ruido sentis, será el rumor del viento... ó el eco de esa corriente. La luna tardará en salir. Nadie nos oye... y podeis sin recelo decirme... ¿No lo adivinais, mi bella señora?... Son dos palabras no mas.
- ISAB. (Sin comprender.) ¿Dos palabras?
- KAIDE. (Sonriendo.) Si. (Marcándolas.) «Os amo.»—¿Cuándo las pronunciarán vuestros labios?
- ISAB. (Con desaliento.) Ahora menos que nunca.
- KAIDE. (Dulcemente.) Menos que nunca... ¿y me respondeis ademas con aire tan esquivo? ¡Veo que desconfiais de mí. ¡Oh! no tengo duda. Desconfiais. (Con tono mas grave.) Pues bien, Isabel. Mi nobleza puede competir con la del mismo czar; mi espada ha brillado gloriosa en los torneos y en los combates. Aseguradme de vuestro amor... y yo os revelaré el secreto de mi vida.
- ISAB. (Lentamente.) No pretendo penetrar ese secreto.
- KAIDE. ¿No? (Afectuosamente.) Os creo. Yo tampoco sé nada de vuestra condicion, de vuestra familia. ¿Qué nos importa todo eso, no es verdad? Oidme, Isabel: porque si ahora os callo mi nombre, puedo en cambio confiaros... hasta el mas íntimo sentimiento de mi corazon.
- ISAB. (Queriendo interrumpirle.) ¡Oh! Yo os suplico...
- KAIDE. (Con noble sinceridad.) El rumor de las armas, los ecos de la guerra, los juramentos de venganza, han arrullado

mis sueños desde la niñez. Huérfano, triste, y viendo por dó quiera luto y lágrimas... mis ojos se volvían fatigados á una pobre huérfana como yo, siempre buena, siempre solícita para prestarme consuelos y esperanza en el porvenir. (Lentamente.) ¡Ella sola dulcificaba con su amistad mis penas! ¡Ella hubiera sido tal vez la mujer que yo hubiese amado un día!

ISAB. (Se levanta, y dice con tristeza.) ¡Oh!

KAIDE. (Vivamente y levantándose con pasión.) ¡Pero os ví, Isabell! ¡Os ví cruzar por ese valle como una blanca paloma, como una celeste huri, como la realidad de un amoroso sueño! Todo lo olvidé por vos. Mis pasos siguieron los vuestros, mis suspiros resonaron una y otra noche al pié de esa ventana. Y cuando empiezo á creer que os compadeceis de mi martirio, cuando me permitis que venga á vuestro lado... ¿Quereis que vuestro silencio no me desespere? ¿Que vuestro desden no me mate?

ISAB. (Agitada.) ¡Por compasion!... ¡Partid!

KAIDE. (Observándola con recelo.) ¡Extraño lenguaje! ¡Singular inquietud la vuestra! Hablad, Isabel.

ISAB. No puedo. Vuestro acento domina mi razon... y yo necesito que la razon venga en mi auxilio. ¡Dejadme! Dejad que para ser leal con vos, me dé el cielo las fuerzas que ahora me faltan. Mañana sabreis...

KAIDE. ¡Siempre mañana!

ISAB. Apresuraos: Ya me echarán de menos. La luna vá á aparecer... y es tan peligroso cruzar de noche la sierrita... (Con interés.) ¿No os acompaña nadie?

KAIDE. Me basta mi espada.

ISAB. Pues bien. (Desprendiendo una crucecita de su cuello.) Que tambien os acompañe esta cruz.

KAIDE. (Se estremece y vacila en tomarla.) (¡Cielos!) (Ap.)

ISAB. (Alargándose la y sin que Kaide la tome.) Llevadla en vuestro cuello. Recuerdo de estas perdidas horas, ella será ademas vuestro mejor escudo. (Viendo la incertidumbre de Kaide.) ¿La rehusais?

KAIDE. (Debidiéndose vivamente y tomando la cruz.) Dadme, Isabel... dadme esa prenda de amor, y estad segura...

(Se detiene al escuchar la voz de Zelia, que suena lejos y se vá acercando. Música en la orquesta.)

AL MISMO TIEMPO.

HABLADO.

ISAB. (Después de escuchar un mo- ZELIA. (Dentro. Estribillo, aire de
mento.) ¡Viene gente! cansion:)
KAIDE. (Ap.) ¡La señal de los Laralá, laralá, lá,
nuestros! laralá, laralá, lá,
ISAB. ¡Alejaos! Si me vieran... laralá, laralá, lá,
KAIDE. Nada temais. laralá, laralá, lá.

(Se vé el reflejo de la luna)

ISAB. (A Kaide.) ¿No veis la claridad de la luna? ¡Huid!
KAIDE. ¡Un momento! (En este tiempo la luna se vé brillando en to-
do su esplendor, y Zelia aparece sobre el puente de espaldas á
Isabel y Kaide y como dirigiendo sus ecos al valle y á la sierra.
Su ademan es solemne, y la luz de la luna, que la baña en este
momento, le dá cierto aspecto fantástico.)

CANTO.

(Que es la continuacion del estribillo, que no cesa hasta este momento.)

ZELIA. (Apareciendo.) ¡Alerta!

ISAB. ¡Qué significa!... (Con temor y en voz baja.)

KAIDE. (En voz baja.) Tranquilizaos. (Kaide é Isabel permanecen al-
go escondidos; pero á la vista del público, y escuchando con
gran atencion.)

ZELIA. (Sin verlos y en lo alto del puente.)

¡Alerta! ¡Que asoma

por esa cañada

de opuesta bandera

la cruz plateada!

¡Alerta! ¡Que viene

guerrero tropel

en pos de un anciano

de noble altivez!

ISAB. (Ap. y hablado.) ¡Cielos, mi padre quizás!

ZELIA. (Continuando.) ¡Atalayas
de la sierra,
la señal
suena ya!
(Dándola en una pequeña frase.)
¡Laralá! (Escucha.)

VOZ. (Dentro.) ¡Laralá!

OTRA. (Mas lejos.) ¡Laralá!

OTRA. (Mas lejos.) ¡Laraláaaa!

Á UN TIEMPO.

ZELIA. (Que á medida que canta se vá retirando muy lentamente.)

¡Laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá!

CORO LEJANO. ¡Amigos... alerta!
¡que en esa cañada
cristiana bandera
se ha visto asomar!

ECOS LEJANOS. (En otra direccion.)
¡Laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá!

(El coro y los ecos se van apagando hasta no oirse. Zelia desaparece por entre las colinas.)

HABLADO.

ISAB. (Cuando Zelia se ha ido, viene velozmente al centro proscenio, diciendo á Kaide.) ¡Oh! ¡Partid! Dejadme. Nuestro cariño es imposible!

KAIDE. (Conmovido) ¿Qué decis?

ISAB. Que ese anciano que llega es mi padre tal vez! Mi padre que ya ha dispuesto de mi mano!

KAIDE. Y me lo ocultábais. (Con energia.) No. Eso no será.

ISAB. (Dirigiéndose á la casa.) Dejadme, ó estoy perdida! Huid!
(Entra velozmente y cierra.)

KAIDE. (Que la ha seguido algunos pasos, con gran ansiedad.) ¡Isa-
bell! ¡Deteneos! ¡Una sola palabra! (En este momento sale
Daniel. Al verle Kaide, retrocede sorprendido.) ¡Daniel!

ESCENA FINAL.

CANTO.

DAN. (Reconociéndolo.)
¡Kaide! ¿Qué es lo que miro?
¿Tú en ese traje?

KAIDE. (Á quien la exasperacion domina.) ¡Si!

DAN. ¿Qué buscas?

KAIDE. (Con despecho.) ¡La venganza!
La muerte busco aquí!

(Diálogo agitado.)

DAN. (Consternado.)
Sabes que el cielo
nos abandona?

KAIDE. (Que no le escucha, mirando al valle y señalando con desesperacion.)

¿Sus armaduras
no ves lucir?

DAN. (Consternado á Kaide.)
¡Derban sus muros,
defiende en vano!

KAIDE. (Ap. sin escucharle y desesperado.)
¿Por qué te pierdo,
mi bien, así?

DAN. (Notando la turbacion de Kaide.)
¿Qué tienes, Kaide?
¡Ven sin tardar!
Gente enemiga
se vió llegar!

—
La seña escucha,
sonando está.

A UN TIEMPO.

KAIDE.
¡Daniel, venganza!

DANIEL.
De nuestro acero
la patria espera
su libertad!

KAIDE. (Ap.)
¡Suerte traidora!
DANIEL. (Llevándose.)
Ven. Apresúrate!

ZELIA y ecos dentro.
Laralá, laralá lá,
laralá, laralá lá

CORO. (Lejos.)
Amigos, alerta,
que esa cañada,
bandera enemiga
se ha visto asomar.
Amigos, alerta,
oid la señal.

LOS DOS.

KAIDE. (Con fuerza.)
Del mundo entero
yo he de triunfar!

DANIEL. (Id.)
¡Aun á la patria
falta vengar!

(Daniel y Kaide se van velozmente.)

Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un pueblecito, situado en la pendiente de una alta montaña. Las calles, partiendo del segundo bastidor, se van elevando en cuestras y en formas irregulares por la pendiente misma. Algunas de estas calles tienen cobertizos ó arcos que dejan ver el interior de la población. Otras tienen escalones groseramente marcados en la montaña. En una altura, una pequeña plaza dominando las casas que hay delante de ella y dominada á su vez por las que tiene á la espalda. Torrecillas, minaretes, etc. Como la montaña es frondosa, se ven asomar muchos árboles por entre los edificios. Un cauce á la derecha abajo. Á la izquierda en los primeros términos, varias tiendas ambulantes de lienzo que forman un pequeño mercado. Á la derecha en primer término la casa de Daniel. La vista general debe ser en extremo pintoresca.

ESCENA PRIMERA.

Música en la orquesta. Empiezan á asomar las primeras tintas del alba. Todas las puertas y ventanas de la aldea así como las tiendas del mercado, están cerradas. Únicamente por la ventana ó mirador de la casa de Daniel se vé á Zelia sentada dentro y con aire triste y pensativo. Al cabo de algunos compases, levanta la cabeza, mira con ansiedad hácia al pueblo, y manifestando con un gesto que no vé lo que desea, dá un suspiro y vuelve á la misma actitud de antes. En seguida y por el lado opuesto á aquel hácia el

cual miraba Zelia, sale Kaide con traje circasiano, envuelto en su capa y con aire de despecho.

KAIDE, deteniéndose agitado en el centro de la escena, mirando á un lado y otro y desembozándose.

CANTO.

RECITADO.

¡Nadie llegar me vió!
Ya el alba asoma.
Otra noche de afan
pasada en vano!
En vano ansioso allí
tantas veces volví.
¡Ah, sal del corazon...
amor tirane!!

¡Ay!!!

Mi apacible aldea,
mis amigos fieles;
¡cómo os olvidé!

¡Todo!

Todo por la ingrata
que la paz me roba
lo sacrificué.
Ciego de despecho,
loco de pesar
busco en mis hogares
calma y soledad.
Nada me sonrie,
nada espero ya!
¡Ay, en mí ya nadie,
nadie pensará!

¡Tormento inútil!
perdido afan!

¡Ay, en mí ya nadie,
nadie pensará! (Pausa.)

HABLADO.

- KAIDE. (Después de una pausa.) ¡No! ¡Desde aquella noche la ingrata huyó para siempre de mí! ¡En vano he vuelto una vez y otra al pie de sus ventanas!... ¡Ni un eco... ni una señal que consolara mi dolor ni que alentara mi esperanza! ¿Qué amor era el suyo, cuando tan fácilmente me olvida! ¿Quién es ese padre tirano, que de mí la separa? ¡Y yo vacilo... yo soy esclavo todavía de esta pasión fatal!... (Con recelo.) ¡Si alguno me hubiese visto... si descubriesen mi secreto!... ¡No... las calles están desiertas... (Mira en torno suyo.) Todos duermen!... ¡Yo solo velo con mis pesares... olvidado del mundo entero!
- ZELIA. (Siempre sentada y pensativa, exclama sin verlo y como suspirando.) ¡Kaide!
- KAIDE. ¿Quién pronuncia mi nombre?
- ZELIA. (Id.) ¡Kaide!
- KAIDE. Es la voz de Zelia. (Se dirige hácia la casa y mira.) Si; hay luz en su estancia. Allí está. ¡Qué inmóvil! ¡Qué pensativa! ¡No comprendo!—(Llamándola.) ¡Zelia!
- ZELIA. (Al oír su voz se levanta y corre á asomarse alegremente á la ventana.) ¡Ah... Kaide!... ¿Eres tú?
- KAIDE. Yo soy, amiga mía. ¿Cómo te hallo tan temprano despierta?
- ZELIA. ¿Vuelves ahora de la sierra?
- KAIDE. Sí.
- ZELIA. ¿Nada te ha sucedido esta noche?
- KAIDE. ¡No!
- ZELIA. (Lentamente.) ¡Adios, Kaide! Voy á dormir tranquila. Hasta mañana.
- KAIDE. ¿Qué dices? ¿No ves la luz del alba?
- ZELIA. (Triste.) Sí, es cierto. Las horas del sueño han pasado ya.
- KAIDE. ¿Pronunciaste hace poco mi nombre?
- ZELIA. ¡Siempre que te alejas de la aldea te aguardo sin sosiego, temiendo que vayas á correr algun peligro!
- KAIDE. (Muy admirado y sorprendido.) ¡Cómo! ¿Velabas por mí?
- ZELIA. ¿Lo extrañas acaso?
- KAIDE. ¡Ah, pobre Zelia! ¡Nunca me abandona tu amistad!
- ZELIA. (Vivamente.) ¿Abandonarte? ¿Qué estás diciendo? ¿Qué ideas te atormentan? ¿Por qué hace tiempo que todo revela en tí la mas profunda tristeza?

- KAIDE. ¡Oh! ¡No lo creas!
- ZELIA. (Melancólicamente.) ¿Cómo no he de creerlo, Kaide? ¿Vienes ya como otras veces á buscarme para danzar conmigo en nuestras fiestas, ó para consolarte de nuestra mala fortuna? Cuando llega la noche, ¿te asomas ya por ventura á mi puerta para desearme dulce y tranquilo sueño?
- KAIDE. (Turbado.) Los cuidados de una próxima lucha....
- ZELIA. ¿Y por qué no los has de compartir conmigo? ¡Juntos hemos soñado siempre con tu porvenir y tu gloria! ¡Juntos hemos también llorado ante el sepulcro de tu padre, noble mártir de su religion y de su patria! (Tristemente.) ¡Kaide! ¡Hace un mes que voy yo sola á decir mi plegaria!
- KAIDE. (Ap.) ¡Cielos!
- ZELIA. ¡Hace un mes que nuestros pobres amigos aguardan en vano que los guies á la victoria!...
- KAIDE. ¡Zelia! ¡Si tú supieras que una sola idea ha esclavizado mi voluntad! ¡Si yo te revelara mi secreto!
- ZELIA. (Vivamente.) ¿Tu secreto? Habla.
- KAIDE. (¡Qué iba á decirle!)
- ZELIA. No, no, espérame un instante. (Disponiéndose á bajar.)
- KAIDE. (Vivamente.) Es inútil. ¡En vano pretenderias remediar mis penas!
- ZELIA. (Con energía.) ¿Sabes tú por ventura de lo que mi alma es capaz? ¿Sabes que por verte feliz no habria sacrificio que yo no hiciera en el mundo? Habla. Yo te lo ruego.
- KAIDE. ¡Imposible! Ya empieza á amanecer, y seria una imprudencia... ¡Adios!
- ZELIA. Un momento.
- KAIDE. No. Mas tarde nos veremos, y entonces... ¡Adios, Zelia! (Se vá vivamente por la derecha. Pausa.)
- ZELIA. (Triste.) ¡Oh! ¡En otro tiempo no hubiera vacilado en confiarme sus penas! No sé qué extraño presentimiento... ¡Qué locura! Es mi secreto amor que de todo se alarma! (Se abre de pronto la puerta de la casa y aparece en el umbral Daniel, que mira á un lado y otro con recelo y ansiedad. En seguida dice en voz baja.)
- DAN. (¡Nadie!)
- ZELIA. (Que no lo ha visto y que continúa en la ventana de frente al público, exclama lentamente alzando los ojos al cielo.) Aurora que amanece, vuélveme con tu luz la paz y la esperanza.
- DAN. (Que al oír la voz de Zelia se ha puesto á escuchar con gran inte-

rés, dice en voz baja, lentamente y con aire receloso.) ¿La paz y la esperanza? No comprendo...

ZELIA. (Quitándose una flor que llevaba en el pecho.) ¡Pobre flor! Yo la guardaba para él...

DAN. (Ap.) ¡Qué oigo!

ZELIA. ¡Y la noche marchitó su frescura! ¡Ay! ¡vé á morir olvidada... como oculta vive mi pasión! (La deja caer abajo, se retira suspirando de la ventana y desaparece.)

DAN. (¡Cielos!) (Pausa. Se adelanta muy cautelosamente y pegado al muro. Llega al ángulo de la casa, mira con precaucion á la ventana y dice.) Ya no está. (Coge vivamente la flor del suelo. La contempla en silencio, y luego dice en voz baja.) ¿Para quién guardaba esta flor? ¡Ayer tambien velaba ansiosa... ayer tambien suspiraba en esa ventana!... ¡Y sin embargo... á nadie he visto! ¡Oh... á nadie, gracias al cielo! ¿De quién hablaba entonces? (Con fuerza.) ¿Quién me quiera robar asi la vida? (Reprimiéndose.) No, no. ¡Cómo ha de pensar Zelia en separarse de mí! ¡De mí, que la consagro cuantos sentimientos de amor abriga mi alma! ¡Oh, desdichado de aquel que se atreviera!... (Empieza dentro y lejos el canto que está á continuación. Sain aparece por el fondo y le dice á Daniel gravemente.)

SAIN. Daniel, ¿no oyes ese canto sagrado? Ya luce el dia, y es preciso decidir nuestra empresa.

DAN. (Dominando su emocion.) Si; las gentes principian á salir de sus casas: la aldea vá á recobrar su animacion. Ven, busquemos á Kaide y sepamos si al fin llegó la hora. (Se van por la derecha.)

MUSICA.

Voz. (Dentro.) ¡Dios solo es Dios!
fieles, orad!
¡La luz del sol
despunta ya!
¡Dios solo es Dios!
fieles, orad!
¡Orad!
¡Orad!

ESCENA II.

Las puertas y ventanas, así como las tiendas y los puestos del mercado, se van abriendo sucesivamente. Los habitantes de la aldea acuden, unos con cestas para comprar sus provisiones, otros con cántaros, que llenan en una fuente que hay en la plaza. Algunas mujeres se sientan en las puertas á hacer su labor, otras tienden ropas en las ventanas, etc. Movimiento de una población que se entrega á sus tareas ordinarias. Todo acompañado de la orquesta y sin canto. Al cabo de unos instantes se oyen voces dentro en distintas direcciones.

CANTO.

VOCES. ¡Ved la aurora!
 OTROS. ¡Ved el día!
 UNOS. ¡Despertad!
 OTROS. ¡Despertad!
 TODOS. ¡El trabajo,
 la alegría
 vuelvan ya,
 vuelvan ya!

(Un grupo de labradores con instrumentos de labor, saliendo animadamente por una de las calles.)

LABS. ¡Al campo, labradores,
 el sol en la sierra
 comienza á brillar!
 De frutos y de flores
 su rico tesoro
 la tierra nos dá.

(Un grupo de lavanderas con llos de ropa en la cabeza, saliendo alegremente por otra calle.)

LAWS. ¡Laralalá, lalá, lalá,
 viva la alegre lavandera!
 ¡Laralalá, lalá, lalá,
 viva el placer de trabajar!

(Un grupo de vendedores con cestos, etc., saliendo bulliciosamente por otro lado.)

VENDS. ¡Leche, frutas,
 blanco arroz!
 Quesos y dátiles,
 miel de Astrakan!

VENDS. ¡Qué empanadas!
¡Miren pues!
LABS. ¡Miren qué tiernas!
¡Vengan acá!

LOS TRES GRUPOS Á UN TIEMPO.

LABS. ¡Al campo, labradores,
el sol en la sierra
comienza á brillar!
¡De frutos y de flores
su rico tesoro
la tierra nos dá!
¡Laralalá, lalá, lalá!
¡Viva el trabajo, labradores!
¡Laralalá, lalá, lalá!
¡Viva el tesoro que nos dá!
LAVS. ¡Alegres lavanderas,
el sol en la sierra
comienza á brillar!
¡Al cauce, compañeras,
que el agua está pura
cual limpio cristal!
¡Laralalá, lalá, lalá!
¡Viva la alegre lavandera!
¡Laralalá, lalá, lalá!
¡Viva el placer de trabajar!
VENDS. ¡Vecinos de la aldea,
el sol en la sierra
comienza á brillar!
¡Salid á las ventanas,
mis quesos, mis frutas,
mis dulces mirad!
¡Leche, fruta, blanco arroz,
quesos y dátiles, miel de Astrakan!
¡Qué empanadas, miren pues!
¡Miren qué tiernas! ¡Vengan acá!

HABLADO.

LABS. ¡Al campo!
LAVS. ¡Á la tarea!
VENDS. ¡Comprad!

(Los labradores se van hácia el campo, las lavanderas se dirigen al cauce y en él se ponen á lavar. Los vendedores se dispersan en distintas direcciones.)

ESGENA III.

PUEBLO, SAIN, BELTRAN, que sale corriendo, disfrazado de circasiano.

BELT. ¡Uf! Ya llegué á la aldea. ¡Cristo, qué tunda van á darme si descubren que no soy circasiano. No perdamos el tiempo. Tratemos de encontrar á mi bella Zelia, ya que hace una semana que no la he vuelto á ver por el valle. ¡Ay, si el Conde y la señora Andrea supiesen esta escapada!... (Sain y varios circasianos que estan con él, reparan en Beltran con extrañeza. (Creo que me miran. Probemos á saludarlos á la usanza oriental.) ¡Zalamalá! (Haciendo el saludo.)

CIRC. (Id.) ¡Zalamalá!

BELT. ¡Victoria! ¡Me creen tan circasiano como ellos! (Reflexionando.) ¡Ahora me explico por qué al pasar por la ermita se me abalanzó el perro con tanta rabia.) ¡Zalamalá! (Como antes.)

CIRC. (Id.) ¡Zalamalá!

BELT. ¡Bravo! Esto es lo que se llama dar un golpe...) (Al mismo tiempo Sain le dá un golpe en el hombro. Beltran se vuelve asustado, lo mira con miedo y exclama.) ¡Ay!

SAIN. ¿De qué tierra es el forastero?

BELT. (¡Ay, qué gigante!)

SAIN. (Bruscamente.) Habla pronto.

BELT. (¡Creo que con este no me vale el zalamalá!)

SAIN. ¿Qué buscas aqui?

BELT. ¿Yo? Cualquier cosa: lo primero que me den.

SAIN. (Á sus compañeros.) ¡Vive el cielo, que este hombre es un vagamundo ó un espia!

CIRCS. ¡Si, si!

BRLT. (¡Ay, san Miguel bendito!)

- CIRC. ¡Habla!
- BELT. (¡Si no miento me descuartizan!) Juro por...
- SAIN. ¡No me engañes!
- BELT. Juro que vengo huyendo de esos pícaros rusos...
- SAIN. (Con gran interés.) ¡Qué! ¿Los has visto? ¿Has peleado quizás contra ellos?
- BELT. ¡Lo mismo que un tigre! La lucha fué tenaz; pero yo les hice correr!
- SAIN. (Con alegría.) ¿Correr?
- BELT. Si; detrás de mí.
- SAIN. ¿Qué dices? (Con enojo.)
- BELT. Por eso vengo buscando un refugio en esta aldea...
- SAIN. Bien está. ¿Sabes blandir un acero y manejar una lanza?
- BELT. En mi vida me he ocupado yo de esos pormenores.
- SAIN. Este hombre no sirve para soldado.
- BELT. (¡Qué gran fisonomista!)
- SAIN. Pero si te dejas guiar de mí...
- BELT. ¡Con muchísimo gusto! (Así sabré dónde vive mi ingrata.) (Dándole la mano.) Toca esos cinco.
- SAIN. En buen hora. No faltará una torre donde ponerte de atalaya.
- BELT. (¡Cielos, perdido soy!)
- SAIN. (Á sus compañeros.) Llévadle.
- BELT. Poco á poco. Yo no distingo bien á esa altura.
- SAIN. ¡Nadie se niega á ser útil en estos tiempos de guerra! Ven. (Quieren llevárselo por fuerza.)
- BELT. (Luchando por escapar.) ¡No, dejadme!
- SAIN. ¡Silencio, ó vive el cielo!
- BELT. ¡Socorro, favor! (Sale Kaide: al verle Beltran corre y se pone detrás de él para que le ampare.)

ESCENA IV.

DICHOS y KAIDE.

- KAIDE. ¿Quién es este hombre? ¿Por qué le amenazais?
- SAIN. Es un cobarde que se niega á servir á su patria.
- BELT. (Detrás de Kaide.) Mientes. Lo que yo no quiero es servirle desde tan alto.
- KAIDE. (Vuelve la cara y lo mira sorprendido.) ¿Eh?... ¿Me engañan mis ojos?... ¡Esas facciones!... ¡Dejadnos! (Á Sain.)

- SAIN. ¿Qué! ¡Tú le amparas?
 BELT. (¡Me salvé!)
 KAIDE. Retiraos y esperad mis órdenes. (Sain y sus compañeros se retiran al fondo, murmurando y lanzando á Beltran miradas amenazadoras.)
- BELT. (¡Huy, qué ojazos me echan!)
 KAIDE. (Le coge de la mano, y llevándole vivamente á un lado, le dice en voz baja.) Ven acá. Y ¡ay de tí si intentas engañarme!
- BELT. ¿Yo?
 KAIDE. ¡Te he conocido y ese traje es un disfraz!
 BELT. (Aterrado.) Misericor...
 KAIDE. ¡Silencio! La verdad solamente puede salvarte.
 BELT. Pues... la verdad es... que yo he venido en busca de una circasiana, de quien me he enamorado ciegame...
 KAIDE. ¡Tú! ¡Un cristiano!
 BELT. ¿Qué queréis! Por diferenciar!...
 KAIDE. Todo te lo perdono si respondes á mis preguntas. ¿No sirves á una jóven extranjera, llamada Isabel?
 BELT. La sirvo.
 KAIDE. Bien imaginé haberte visto acompañándola algunas tardes.
 BELT. ¡Calle! Pues yo no recuerdo...
 KAIDE. ¿Qué es de tu ama? Pronto, ¿qué ha sido de ella?
 BELT. ¡Toma! Está en la alqueria como siempre.
 KAIDE. Y sin embargo, ya no se la vé en su balcon, ya no sale como otras veces por el valle.
 BELT. (Con importancia.) Es que ahora estamos muy ocupados.
 KAIDE. ¿Qué quieres decir?
 BELT. Que vá á casarse de un momento á otro.
 KAIDE. (Vivamente y con ansiedad.) ¿Á casarse? ¿Y ella consiente?
 BELT. ¡Si! Eso le gusta á todas.
 KAIDE. (¡Ah! la pérfida, la traidora!) (Separándose de Beltran.)
 BELT. (Ap. y observándole con sorpresa.) (¡Cómo se ha puesto! ¡Calle! Seria cosa que este tambien por diferenciar...)
 KAIDE. Ni siquiera habrá intentado resistir á ese enlace!
 BELT. ¿Resistir? Buen génio tiene su padre. Solo con hacer (Tose fuerte.) ejem... Nos mete á todos en un puño.
 KAIDE. ¡Ah! librelle el cielo de mi enojo. ¿Quién es su padre? Responde.
 BELT. (Si sabe que es el gobernador de Valka no escapo yo tampoco de sus manos.)
 KAIDE. ¡Su nombre, su clase, dilo pronto!

- BELT. Es un... un pobre oficial recién venido de Moscou.
- KAIDE. (¿Pero qué me importa? ¿No es ella la que me desprecia y me olvida? ¿Necio de mí, que he sido vil juguete de este fatal amor! ¡Ah! No quede en mi alma ni el recuerdo de haberlo abrigado.)
- BELT. (Lléveme el diablo si comprendo...)
- KAIDE. Ya puedes volverte á tu aldea.
- BELT. ¡Santa palabra! (Vá á irse.)
- KAIDE. Pero á fin de que no les infundas sospechas... ¡Sain!
- (Sain se acerca.)
- KAIDE. Este hombre está dispuesto á cuanto le mandeis.
- BELT. (Consternado.) (¿Qué oigo!)
- KAIDE. Pero dentro de una hora le hareis emprender el camino de la vega, sin perderlo de vista hasta que se halle bien distante de aqui.
- BELT. ¡Oh! Yo prometo no parar de correr...
- KAIDE. Que mi voluntad se cumpla. (Se vá por la derecha.)
- BELT. Pero no me encarameis en una torre con este sol!
- SAIN. ¡Silencio! Dentro de una hora serás relevado. Pero en el interin, á la menor cosa que adviertas en las montañas ó en la llanura, ven á darme aviso... (Con voz terrible.) ¡ó ay de tu cabeza!
- BELT. Si, por tenerla ligera me veo en este apuro.
- SAIN. Vamos.
- BELT. ¡Ay si yo hubiese previsto que por diferenciar...
- SAIN. En marcha. (Se lo lleva, yéndose con él por la izquierda.)

ESCENA V.

Las LAVANDERAS, lavando en el cauce, CIRCASIANOS.

CANTO.

Pan. Pan. (Sacudiendo la ropa.)
 Cuando un mancebo
 nos viene al cauce
 á requebrar...
 Pan. Pan.
 ¡Qué salpicado!
 qué fresco el pobre

de aquí se vá.

UN GRUPO. (De circasianos en el extremo izquierda del proscenio, disponiéndose á la fiesta.)

Tan, tan.

(Dando golpes en los panderos.)

De los panderos
al son alegre,
venid acá.

Tan, tan.

Venid, doncellas;
la alegre danza
ya vá á empezar.

Á UN TIEMPO.

LAVS.

Oid.

¡De los panderos
el son
llamando está!

Tan, tan.

Pese al trabajo.

Tan, tan.

Quiero danzar.

(Se unen los grupos alegremente.)

CIRCS.

¡Tan, tan!

Venid, doncellas.

Tan, tan.

Venid acá.

Tan, tan.

La alegre danza,

tan, tan,

ya vá á empezar.

MULAK.

(Aparece á la entrada de una calle, en el fondo. Viene apoyado en un báculo. La cabeza desnuda, larga y blanca barba, muy pobres vestidos, pero venerable aspecto. Su ademan severo y majestuoso. Su acento grave. Kaide y Daniel aparecen, pero se quedan en el fondo observando, así como Zelia á la puerta de su casa. El Coro se divide en dos grupos, á derecha é izquierda, al oír la voz de Mulak.)

¡Alto allá!

¡Alto allá!

CIRCS.

(Volviéndose y mirándole sorprendidos.)

¡Quién es aqueese viejo
de aspecto singular?

CIRCAS.

¡Espanta su pobreza!
Espanta su mirar.

¡Tan, tan!

(Tocando los panderos y como prescindiendo de Mulak.)

¡La fiesta siga!

(Volviéndose de nuevo y mirando medrosamente á Mulak, que vá adelantándose con paso lento y ademan imponente.)

Tened,
que llega ya.

¡Tan, tan,

(Tocando los panderos, aunque ya mas quedito, y volviendo á mirar á Mulak.)

me causa miedo!

Aquí
qué buscará.

UNOS. Tan, tan.

(Retrocediendo, fija la vista en Mulak, que avanza, y mostrándose todos poseidos de cierto terror.)

OTROS. Tan, tan.

UNOS. Tan, tan.

OTROS. Tan, tan. (Pausa.)

TODOS. (Señalándole con el dedo y temerosos.)

Espanta su mirar!

MULAK. (En medio de la escena y con gran entonacion.)

¡Al arma! habitantes
del Hano y la sierra!

¡A larma!

¡Volad!

Alarma, y que cunda
mi grito de guerra!
Voraz incendio abrasa
los campos de Derban!!

CORO. Voraz incendio abrasa
los campos de Derban!!

(Gran emocion en todos. Mulak vá adelantándose lentamente. Todos le preguntan por señas, manifestando la mas dolorosa ansiedad.)

MULAK. Lanzó el contrario
sus escuadrones
de cien clarines
al ronco son,
y de repente
por la ancha vega...
un mar de fuego
correr se vió!!

Á LA VEZ.

MULAK. (Con dolorido acento.)

¡Ay, alegres,
tranquilas cabañas!
Ay, tierra querida
que el mundo envidió!
talaron tus mieses.
¡Talaron tus flores,
sucumben tus hijos
de espanto y dolor!

CIRCASIANOS. (Con furor.)

El fiero (Unos á otros, bajo.)
enemigo
la vega
taló.
Ay pobre
campiña,
que el mundo
envidió!
¡Venganza! (Con energia.)
Rompamos
el yugo feroz.
¡Venganza!
De guerra
tremole
el pendon.

MULAK.

Roja, humeante,
la ardiente llama,
en nube inmensa
nos envolvió.
Solo alumbraba
con sus reflejos,
sangre y ruinas,
luto y horror!

A LA VEZ.

MULAK.

Ay, alegres
tranquilas cabañas!
Ay, tierra querida
que el mundo envidió!
¡Talaron tus mieses,
talaron tus flores,
sucumben tus hijos
de espanto y dolor!

CIRCASIANOS.

El fiero
contrario
la vega
taló.
¡Ay pobres
campiñas,
que el mundo
envidió.
¡Venganza!

Rompamos
el yugo
feroz!
¡Venganza!
De guerra
tremole
el pendon!

HABLADO.

- MULAK.** (Después de una pausa y con voz grave y solemne.) ¡Al arma!
¡Derban resiste aun! ¿Quién, nobles hijos de estas sier-
ras, quién apagó el fuego santo de vuestros corazones?
¿Cómo sufris la esclavitud, cuando brilla todavía nues-
tro estandarte en las soberbias torres de la invicta ciu-
dad? ¿Dónde estan vuestros jefes? ¿En dónde vuestros
capitanes se esconden, cobardes ó traidores?
- KAIDE.** (Presentándose de pronto, seguido de Daniel y Zelia.) Ten la
lengua villana... si no quieres que te arranque la vida!
- TODOS.** ¡Kaide!

ESCENA VI.

PUEBLO, MULAK, KAIDE, DANIEL, ZELIA, SAIN.

- KAIDE.** (Lentamente á Mulak.) ¿Quién eres tú, que al borde de la
tumba calumnias nuestra lealtad? Tú, resto de una ge-
neracion... cuyos desaciertos nos perdieron!
- MULAK.** (Lentamente.) Muy altivo te muestras para tus pocos años.
¿Has adquirido esa osadia en los combates... (Severa-
mente.) ó la tienes tan solo para insultar la memoria de
tus mayores?
- KAIDE.** (Amenazándole.) ¡Miserable!
- DAN.** }
ZELIA. } ¡Detente!
- MULAK.** (Con acento y ademan altivos.) ¡Ven! Pon tus manos en Mu-
lak el profeta!
- TODOS.** (Con respeto.) ¡Un profeta!
- MULAK.** ¡Dios vá conmigo, y ay del que no se humille á mi voz!
- ZELIA.** ¡Kaide! ¡Respetá al inspirado del cielo! (Mulak mira á to-
dos con altivez. Momentos de silencio general.)

MULAK. Coge mas bien tu caballo y tu lanza, y gánate el derecho de ser temido.

DAN. (Gravemente.) Anciano, Kaide cuenta en su juventud mas proezas que muchos famosos capitanes. ¡Es nuestro jefe! Es el hijo de nuestro antiguo cáudillo Zemir-Kan, y el digno heredero de su gloria.

MULAK. (Sorprendido.) ¡De Zemir-Kan! (Se dirige lentamente á Kaide. Llega á su lado y lo mira con interés.) ¡Si! Esas facciones me recuerdan al esforzado guerrero que pereció á mi lado combatiendo en las playas de Derban.

KAIDE. }
DAN. } ¿Qué dices?
ZELIA. }

MULAK. ¡Yo tambien derramé mi sangre en aquella jornada funesta! Y hoy que mi brazo no puede ya manejar el acero, hoy vengo solo, agobiado por el dolor, exánime de fatiga, predicando la guerra desde los campos de Derban. (Muy conmovido.) ¡Oh! ¡Si viérais la bella y opulenta ciudad de otros dias! (Cogiendo las manos de Daniel y Kaide y en medio de los dos.) ¡Vengadla, hijos míos! ¡Vengad sus palacios desiertos, sus campos arrasados, su grandeza humillada! Sacudid, en fin, el vergonzoso yugo que os oprime!

TODOS. ¡Si, si!

DAN. (Resueltamente.) Kaide, ¿qué nos detiene ya? Si hace algunos dias creiste que éramos pocos para tan alta empresa, hoy los pueblos vecinos solo aguardan una señal nuestra para correr á las armas.

KAIDE. (Con energia.) Pues bien; yo levantaré nuestra bandera y marcharemos sobre Valka.

MULAK. Sobre Valka? ¡Oh, no! La ciudad está muy bien guardada.

DAN. ¡Sus habitantes se sublevarán á nuestra voz, y hoy se halla ausente de sus muros nuestro enemigo mas terrible! El único que pudiéramos temer: el conde de Rosen en fin...

MULAK. ¡El gobernador ruso! ¡Ah! que ese error no nos pierda. Yo he pasado por Valka y esperan al Conde hoy mismo. Una vez al frente de sus tropas, nada resiste á su pujanza. Llevad por otra parte la guerra.

KAIDE. (Con energia.) No, mil veces. ¡Los campos de Derban estan ardiendo! ¡Derban próxima á sucumbir! ¡Ciudad por

ciudad! ¡Estrago por estrago! (Murmillos de aprobacion en el pueblo.)

MULAK. Pues bien. Un medio hay para asegurar nuestra empresa. Demos la muerte al Conde, pero no en el combate. Que una mano certera le quite ocultamente la vida.

KAIDE. ¿Qué dices?

MULAK. (Con tono y ademan proféticos.) Dios me anuncia que solo así obtendremos la victoria. ¡En el cielo estoy leyendo ya el destino de nuestro enemigo! ¡Escrito está! Muera el Conde para salvarnos á todos!

TODOS. ¡Muera!

MULAK. (Después de una pausa y lenta y gravemente.) ¡Kaide! Tu brazo es el que ha de herir el primero. Á tí es á quien toca esa venganza.

KAIDE. (Sorprendido.) ¡Á mí!

MULAK. ¡Qué! Ignoras que el Conde fué el matador de tu padre!

KAIDE. }

DAN. }

ZEILA. }

¡Cielos! (Emocion en todos.)

MULAK. Yo lo ví! Yo lo juro por su santa memoria!

KAIDE. ¡Ah! Dices bien. Á mí el primero me toca quitar al Conde la vida. Pero no con el puñal del asesino. Yo sabré penetrar en donde quiera que se encuentre, y allí solos los dos, y frente á frente, yo vengaré á mi padre y os libraré de ese tirano.

ZELIA. ¡Kaide, Dios te proteja!

DAN. ¡Nuestra será esta noche la victoria!

TODOS. ¡Viva Kaide! (Con esta exclamacion todo el pueblo y demas personajes rodean á Kaide, viniéndose al mismo tiempo á ocupar el lado derecho del proscenio, dejando el izquierdo enteramente libre.)

ESCENA VII.

DICHOS, BELTRAN, que viene corriendo por el fondo derecha. Sain al verlo se separa del grupo del pueblo y se acerca á Beltran. Hablan solos en el proscenio derecha.

BELT. ¡Ay! ¡ahora si que no escapo!

SAIN. ¿Qué es eso? ¿Qué traes?

BELT. Que viene un-escuadron de rusos.

SAIN. ¿Estás seguro?

- BELT.** ¡Los he visto desde esa torre maldita en donde me pusieron! Y ahora desde ahí. (Y á mi amo y á su hija y á la bruja del ayal ¡Qué inesperado viaje es este?)
- SAIN.** (Viniendo vivamente al grupo del pueblo.) ¡Soldados rusos!
- TODOS.** ¡Rusos! (Desconcertados y agitándose.)
- DAN.** ¡Silencio! que nada sospechen: retiraos todos: Kaide, aléjate con ese anciano: yo quedo aquí para recibirlos.
- KAIDE.** (Al pueblo.) ¡Partid! ¡Apresuraos! (El pueblo echa á correr en distintas direcciones. Los mercaderes cierran temerosos sus tiendas. Las gentes entran huyendo en sus casas.)
- BELT.** (Pues estos tienen tanto miedo como yo.)
- MULAK.** (Á Kaide.) Ven.
- KAIDE.** Si: esta noche los encontraremos en el combate. (Se vá con Mulak.)
- BELT.!** (Viendo á Zelia, que se dirige al fondo.) ¡Cielos! Mi circasiana. ¡Ea buena ocasion dí con ella! Huyamos.)
- SAIN.** (Cogiéndole de un brazo.) Detente; si te ven correr sospecharán alguna cosa.
- BELT.** ¡Por todos los profetas, déjame marchar! (Queriendo irse.)
- SAIN.** (Deteniéndole y llevándolo al extremo izquierda del proscenio.) ¡Quieto!
- ZELIA.** ¡Ellos son! (Desde el fondo derecha.)
- BELT.** (Tapándose la cara con la mano izquierda para que no le conozcan.) ¡Huy!

ESCENA VIII.

DANIEL, SAIN, ZELIA. BELTRAN, á un lado. El CONDE, ISABEL, cubierta con un velo, ANDREA, el ALFEREZ. A la entrada del pueblo se queda una litera y un grupo de soldados rusos.

- ALF.** Ved cómo huyen esos condenados.
- CONDE.** Señor Alferez... á ninguno se insulte ni atropelle: hoy todos son vasallos del Czar.
- ALF.** Perdonad, señor Con...
- CONDE.** ¡Silencio! Ya sabeis que no quiero ser conocido. (Adelantándose.) ¡Ah de la aldea!
- BELT.** (Solo de oírlo estoy dando diente con diente.)
- DAN.** (Bajando del fondo con Zelia y presentándose al Conde.) ¡Qué vienes á buscar seguido de tanta gente armada?
- CONDE.** Mis gentes no han penetrado aquí. Harto os doy á en-

tender que no vengo como enemigo.

DAN. (Con desprecio.) ¿Y quién te ha dicho que ni tus gentes ni tú pueden intimidarnos?

CONDE. ¡Insolente! (Daniel cruza los brazos y lo mira erguido.)

BELT. (¡Ay!)

ISAB. (¡Cielos!) (Á un tiempo.)

ZELIA. (Pasando vivamente al lado del Conde y cubriendo á Daniel.) ¿Qué vais á hacer? Quien quiera que seais... contentaos con mirarnos vencidos. (El Conde se contiene al oírla.)

ISAB. (¡Esa voz!)

AND. (Es la circasiana que nos encontramos en la alquería.)

CONDE. (Grave y tranquilamente.) El vencido que se somete, encontrará siempre en mí proteccion y amistad. Nada temas, yo le perdono su altanería. (Daniel, siempre con aire desdeñoso, se retira al fondo lentamente.)

ZELIA. ¿Pensais permanecer en nuestra aldea?

CONDE. Voy á Valka: pero queriendo abreviar la jornada, me he internado en la sierra y necesito un guía que nos enseñe el mejor camino.

ZELIA. (Llamándole.) Sain.

SAIN. (Desde el segundo término y bruscamente.) Yo no conozco bien la montaña.

DAN. (Se adelanta un poco y le dice con acento imperioso.) ¡Sain! Busca un hombre que los acompañe... y cuenta con cometer la menor deslealtad. (Sain se inclina y se vá.)

CONDE. ¡Pronto seria castigada! (Pausa. Mira á Daniel y le dice en tono grave, pero amistoso.) Sin embargo yo agradezco esa nobleza.

DAN. (Con nobleza.) Estás en mi aldea y te considero como mi huésped.

BELT. (¡Si supieras quién es!)

CONDE. Así lo creo... (De pronto.) y te daré de ello una prueba. ¿Cuál es tu morada?

ZELIA. Ésta. (Señalando á su casa.)

CONDE. (Á Isabel.) ¿Quieres descansar un poco, hija mía?

ZELIA. (Á Isabel.) No faltan frutas que ofreceros.

ISAB. Prefiero esperar aquí.

ZELIA. Desconfiáis...

CONDE. No, mil veces. Quiero que sepan en el país que tratamos como amigos á los que sois leales. Yo acepto vuestra oferta. (Dá algunos pasos hácia la casa. Isabel, Andrea y el Alférez van á seguirlo.) Nadie me siga. (Á Daniel, que está

- inmóvil junto á la puerta y observando con cierto interés al Conde.)
 Guíame tú.
ISAB. ¡Señor!
DAN. (Inmóvil y mirando al Conde sorprendido.) ¡Qué! ¿Así te fías de mí?
CONDE. ¡Vive el cielo! Yo solo desconfío de los cobardes!
DAN. (Vivamente y reconciliado con el Conde, al oírle.) ¡Ah! Tú eres el primer enemigo á quien no aborrecí.
CONDE. Entremos. (El Conde y Daniel entran en la casa.)

ESCENA IX.

ISABEL, ANDREA, BELTRAN, ZELIA, el ALFEREZ. El Alférez llega al umbral y allí se detiene.

- ISAB.** (Al Alférez.) Seguidlos.
ZELIA. Nada temais, señora: vuestro padre hace justicia á nuestra nobleza. Venid, descansad en tanto llega el guia que habeis pedido. (La guia á un asiento de piedra que hay junto á la puerta.)
AND. (En medio de la escena y aparte.) ¡Dios mio, cuando pienso que estamos entre infieles!... (Mira á Beltran, que tapándose la cara está en el extremo izquierda del proscenio.) Decídmeme...
BELT. ¡Ay, que viene!
AND. (Acercándose á él.) ¿Hay muchas leguas de aqui á Valka?
BELT. (De repente y fingiendo la voz.) Karkasu, makaku...!
AND. (Asustada y separándose de él.) ¡Huy, qué jerga! Así debe hablar el demonio.
BELT. ¡Aqui la dueña, allí un escudero que me conoce, allí el Alférez que no me quita ojo!—Yo me meto en esta tienda y no salgo hasta el dia del juicio.) (Se entra en la primera tienda del mercado.)
AND. (Acercándose á Isabel y levantándole el velo.) Levantad vuestro velo: respirad un poco el aire de la mañana.
ZELIA. (Á Isabel, reconociéndola.) ¡Cómo! ¿Sois vos, señora? vos, y no me lo decíais! Mal pagais el buen recuerdo que os conserva mi amistad.
ISAB. ¡Oh, no! De aqui no me hubiera alejado sin que supiésois quién yo era, sin daros un adios... que será el postero.
AND. ¡Por Dios, Isabel! (Se separa de ellas y vá á observar á la puerta de la casa.)

ZELIA. ¡Qué abatimiento! ¡Qué amargura! Vuestros ojos están enrojecidos por el llanto.

ISAB. ¡Si, mucho he llorado!

ZELIA. ¿Y vos, hace algunos días, tan feliz!

ISAB. (En voz baja y mirando á todos lados, como queriendo tomar un partido.) ¡Ah! Si yo me atreviera á hablaros.

ZELIA. (Mirando á Isab.) No es comprendo. ¿Habladme.

ISAB. No, la prueba es que vuestra presencia me ha inspirado el único recurso que en mi dolor me queda.

ZELIA. ¿En qué tardáis en confiaros á mí?

ISAB. Tengo razón; los instantes pasan. ¡Oh! ¡Pues extraño que os parezca el favor que soy á pedirlos, disculpas lo á vuestros ojos lo adverso de mi destino!

ZELIA. Mi amistad no es un nombre vano. Disponed de ella como gustéis.

ISAB. (Suplicante y viendo, antes si alguien la oye.) Pues bien, se trata de un mensaje que os ruego, llevéis á un caballero que al anochecer vereis rondar, en torno de mi alquería!

ZELIA. Continúa.

ISAB. (Como antes.) Le direis de mi parte, que la voluntad de mi padre me impone un esposo á quien mañana mismo debo dar en Valka mi mano. Que el temor de ser descubierta me ha impedido darle yo misma este aviso; pero que si me ama, si su pasión es verdadera como la mia, si no me ha engañado al asegurarme que era de noble sangre como yo corra en seguida á Valka, y á los pies de mi padre confiese nuestro cariño y obtenga nuestra union.

Decidle, en fin, que soy muy desgraciada (Casí Murada) y que en él, mis esperanzas, todas y...

ZELIA. (Compadecida.) ¡Ah, pobre jóven! Yo os prometo... pero cómo estar segura de que es á él á quien doy vuestro mensaje?

ISAB. Muchas veces me anuncia su llegada con una gacina extraña y misteriosa; mas hay un medio mejor de ponocades...

ZELIA. ¿Cuál?

ISAB. Hace algunos días le di una cruz de honorables. Le recordareis esta seña, y si responde á ella...

ZELIA. Comprendo; descuidad.

ISAB. ¿Y cómo saber su respuesta? ¿Cómo calmar la ansiedad terrible en que vá á estar mi corazón?

ZELIA. Decis bien. Y confiar á otro, estáis segura de una gra-

ve imprudente. (Resolvemento.) Yo misma os llevaré la respuesta á Valka esta misma noche.

ISAB. ¡Vos! ¿Es posible?

ZELIA. ¿No creéis todavía que os amo sinceramente? ¿De qué modo os buscaré? ¿Cuál es allí vuestra morada?

ISAB. ¡Oh, no! vos no podéis. Escuchad. Mi dueña estará esperándoos á las puertas de la ciudad y os guiará cuidadosamente...

ZELIA. No fallaré. Vos, entre tanto, evitad que vuestro padre intente apresurar este enlace.

ISAB. Es que... no os he dicho que mi prometido debe llegar también esta noche á Valka y una vez allí...

ZELIA. Debe llegar esta noche? ¿De dónde?

ISAB. De Derban, y seguro de sus deudos y amigos.

ZELIA. ¡Oh, yo lo sé! Nada temáis. Yo os probaré que no en vano habeis recurrido á mi amistad!

ANDR. (Viendo vivamente de la puerta de la casa, en donde se quedó el día anterior.) Mi señor vuelve.

ISAB. (En voz baja y separándose vivamente de Zelia.) ¡Adios!

ZELIA. (Idem y separándose de Isabel.) Adios, y conrad en mí.

ANDR. (Pasando á la derecha de Isabel.) ¿Qué conversacion ha sido esta?

ISAB. (Vivamente y viendo salir á su padre.) ¡Calla!

ESCENA X.

BICHOS, el CONDE, saliendo de la casa, DANIEL: el ALFEREZ en el fondo.

CONDE. No olvidare tu hospitalidad, ni tu ruda franqueza.

DAN. Ni yo tu carácter noble y activo.

CONDE. Tal vez nos volveremos á ver algún día.

DAN. Como amigos. E. no es fácil. Como adversarios... me envanecería el medir mi acero con el tuyo.

CONDE. ¿Qué dices? (con extrañeza.)

DAN. (En voz alta y señalando á un circasiano que aparece.) Ahí tienes al guía que esperabas. Quiero acompañarte hasta la entrada del camino.

CONDE. (Después de mirar á Daniel un momento.) En marcha, señor Alferéz.

ALFEREZ. (A los circasianos que están en el fondo formando grupo.) ¡En marcha!

CONDE. ¡Vez, díjame! (Se dirige á Isabel.) Emprénden la mar-

cha del modo siguiente. El guía delante, en seguida Daniel y despues el Conde con Isabel, seguido de Andrea, el Alferez y los soldados.

Al irse Isabel y Zelia cruzan una mirada de inteligencia.)

ZELIA. (Sola y despues que se han ido.) ¡Pobre niña! Solo la que ama como yo puede comprender lo que estarás sufriendo... ¡Ah, perder á quien se adora debe ser una cosa horrible! ¡No; yo te salvaré! Lo primero, lo mas urgente es impedir que el hombre con quien su padre quiere unirle llegue esta noche á Valka. Á toda costa es preciso detenerlo en el camino. ¿Pero cómo? (Vé venir á Kaide por la derecha y exclama ansiosa.) Ven, Kaide, ven. Necesito de tu amistad, de tu auxilio.

ESCENA XI.

ZELIA y KAIDE.

KAIDE. ¿Tú, Zelia? ¿Qué sucede? ¿En dónde estan esos cristianos?

ZELIA. Eran gentes pacíficas... y en este momento se alejan de la aldea. ¡Kaide, por la primera vez de mi vida voy á pedirte un favor que te agradeceré eternamente!

KAIDE. ¿Un favor? ¿Qué no haré yo por tí, mi fiel amiga? Habla: ¿qué quieres?

ZELIA. Que tus mas valientes parciales salgan esta tarde al camino de Valka é impidan que llegue á la ciudad un caballero cristiano, que se dirige á ella acompañado de sus deudos y amigos.

KAIDE. (Con extrañeza.) ¿Un caballero!

ZELIA. Si la empresa es fácil, pues cederán al mayor número... Sobre todo, haciéndoles entender que se les detiene solo por algunos dias.

KAIDE. Pero ¿qué misterioso fin te mueve?...

ZELIA. ¡El de evitar que ese hombre se case con una pobre jóven, á quien profeso una amistad sincera!

KAIDE. No te comprendo. ¿De quién hablas? ¿Qué jóven es ese que tal interés te inspira?

ZELIA. Una noble extranjera que habita á dos leguas de aqui... en una alqueria que hay pasado el bosque, á la entrada de la vega.

KAIDE. ¿Qué oigo? En una alqueria... á la entrada de la vega? (Conmovido.)

ZELIA. Si. Hace algunas tardes que descansando yo al pié de un manantial... enfrente de su puerta...

KAIDE. (¡Cielos!) Y esa extranjerita... (con asombro) se llama por ventura Isabel?

ZELIA. (vivamente) ¿Quién te lo ha dicho?

KAIDE. Y va á dar su mano á un esposo que su padre le ha elegido.

ZELIA. ¿Ese esposo no eligió la sup. sibiqui...?

KAIDE. ¿Y tú te interesas por ella? (con enojo) ¿Por qué que, olvidando cruelmente á quien le dio su fe, se dispone tranquilamente á ser esposa de otro?

ZELIA. ¿Qué dices? ¿Cómo sabes tú?...

KAIDE. (Reponiéndose y queriendo disimular.) En... las correrías que hago de continuo por la Vega... conocí al hombre que un día se creyó amado de esa cristiana.

ZELIA. (Con interés.) ¿Le has conocido? ¿Y bien?

KAIDE. Ese hombre que cifraba en ella la felicidad de su vida, se ha visto de repente burlado... la perdió, abandonada... le dio sin piedad, no ha respondido á sus quejas, no se ha compadecido de sus tormentos, no ha vuelto á aparecer una sola vez á sus ojos, no ha hecho llegar siquiera una palabra de consuelo.

ZELIA. (Oh, ¿cómo conoces bien toda esa historia?... (con fuerza.) No te inspire ninguna compasión quien, á su vez, de nadie la ha tenido.

ZELIA. ¿Qué injustos son los hombres? y que fácilmente acusan á la mujer que los ama.

KAIDE. (Mirándola con extrañeza.) No te entiendo.

ZELIA. ¡Correl Busca á ese ingrato que así calumnia á la que hace pocos instantes le robaba aquí desolada por él.

KAIDE. (vivamente) ¿A cuál?

ZELIA. Búscale y dile que esa pobre joven, vigilada por un padre inflexible y severo, no ha podido participarle ella misma, que hoy la conducen á Valka para casarla mañana.

KAIDE. (Ap. con gran emoción) ¡Cielos!

ZELIA. (Continuando vivamente.) ¿Qué á su padre por esta aldea ha recurrido á mí suplicándome que busque á su amante, que le diga que se presenta en Valka, que declare su nombre y condicion y que obtenga de su padre su mano.

KAIDE. (vivamente.) ¡Oh! ¡Eso es imposible!

ZELIA. (Sin comprenderlo.) ¿Imposible? ¿Es que ella le quiere mas

que á su vida!

KAIDE. (Muy conmovido.) ¿Te lo ha dicho?

ZELIA. Si. ¡Y él entre tanto la acusará, la abandonará cobardemente á su infortunio!

KAIDE. (Agitándose á medida que Zelia continúa.) ¡Ah!

ZELIA. ¡Y ese hombre será imposible la terna de un padre, la desesperacion de una pobre niña! El triunfo de un rival que esta misma noche llegará á Valka para ser mañana dueño de tan preciosa hermanita!

KAIDE. (De pronto y con gran energía.) ¡No! ¡Antes perezca mil veces! ¡Antes no quede en Valka piedra sobre piedra!

ZELIA. (Algo sorprendida.) ¿Cómo?

KAIDE. ¡Ah, Zelia! ¿Tú tienes razon! ¡Yo seria un cobarde si dejase á Isabel abandonada! ¡Á Isabel, á quien injustamente acuso!

ZELIA. (Con recelo é inquietud.) ¡Tú! ¡Explicate!

KAIDE. ¡Qué! ¡No adivinas!

ZELIA. (Empezando á comprenderlo todo.) ¡No me atrevo! ¡Acaba! (Con terrible ansiedad.)

KAIDE. ¡No adivinas que su amante soy yo!

ZELIA. (Separándose de él y dando un grito ahogado de dolor.) ¡Ah! ¡Desdichada!

KAIDE. ¡Yo que me creí olvidado! Yo, que á no ser por tí...

ZELIA. (¿Qué es lo que he hecho?) (Pasa. Kaide mira á uno y otro lado, como temiendo ser oido. En seguida se dirige á Zelia que trata de ocultar el dolor, que revela en semblante y le dice, lentamente en voz baja y con frases cortadas.)

KAIDE. ¡Zelia! ¡Mi tierna amiga! ¡No me has dicho muchas veces que no habria sacrificio que no hicieras para verme dichoso?

ZELIA. (Que apenas puede hablar.) ¿Tú lo dudas?

KAIDE. Pues bien: mi dicha es el amor de Isabel... ¡y ha llegado el momento de que me pruebes la santa verdad de tus palabras.

ZELIA. (Procurando dominarse.) ¿Cómo?

KAIDE. Júrame cumplir la mision que voy á encargarte.

ZELIA. ¡Yo!

KAIDE. Júralo si he de creer en tu amor.

ZELIA. (Vivamente.) ¡Te lo juro!

KAIDE. ¡Gracias, Zelia! Emprende el camino de Valka. Preséntate á Isabel... dile que esta cruz que le envío... (Dándole la cruz de esmeraldas.)

- ZELIA. (Al verla exclama aparte.) ¡Ah!
- KAIDE. Es la respuesta de que mi amor es suyo, y de que la libertaré de sus tiranos.
- ZELIA. (Queriendo excusarse.) Pero... yo que apenas conozco la ciudad...
- KAIDE. ¡Qué! Cuando me acabas de jurar... te negafias?...
- ZELIA. (Resolviéndose.) Darse.
- KAIDE. (Separándose de ella, que apenas puede sostenerse.) ¡Ah! Sea quien fuere su padre, sean cuales fueren los obstáculos, mi acero vencedor triunfará de todo: yo llevaré esta noche la guerra á Valka! La hora de nuestra libertad, será también la de mi amor!
- ZELIA. (Ap. y con voz doliente.) ¡Yo me muero!
- KAIDE. (Corriendo al fondo, en voz alta y mirando á todos lados.) ¡Á mi, habitantes de la aldea! ¡Mis fieles hermanos! ¡Á mi los valientes y leales!

ESCENA XII.

DICHOS, MULAK, que aparece en este momento. PUEBLO, DANIEL, BELTRAN.

- MULAK. ¡Acudid! ¡La voz de Kaide nos llama!
- (El pueblo va acudiendo con interés por diversos lados. Beltran asoma la cabeza á la puerta de la tienda en donde se ocultó.)
- BELT. (¡Me habia quedado dormido!)
- KAIDE. ¡Sí! ¡Mi voz que proclama la guerra! ¡Que os anuncia que vamos á marchar al combate!
- DAN. (Saliendo por la izquierda.) ¡Kaide, bendigate el cielo!
- BELT. (Con sorpresa y temor, y quedándose escuchando sin que le vean.) (¡Qué oigo!)
- KAIDE. (Al pueblo.) ¡Despedid de vuestras esposas y de vuestros hijos! ¡Coged vuestras armas, dad la señal á los pueblos de la sierra! ¡Tremolad al fin nuestro estandarte, y á Valka pues!
- TODOS. ¡Á Valka!
- MULAK. Cercadme todos. (Todos rodean con ansiedad á Mulak.) Es preciso asegurar el golpe. La feria que en estos días celebra la ciudad, nos permite entrar y salir por las puertas á todas horas. Unidos á los habitantes ocuparemos las plazas y las calles que rodean el palacio. Kaide penetrará en él, buscará al Conde... y con el grito de «Valka es libre!» nos anunciará que le ha quitado la vida.

- BELT.** (Ap., desde la tienda.) ¡Santo Dios!
- MULAK.** (Con saña.) Entonces... la ten en una mano, el acero en la otra...
- KAIDE.** ¡A las armas!... ¡No perdamos un instante!
- PUEBLO.** ¡A las armas! (Todos echan a correr por las calles, suponiéndose que van á buscar sus armas. Quedan solo en escena Zelia, Kaide y Beltran escondido.)
- KAIDE.** ¡Zelia! El tiempo es precioso. Tú que sabes la morada de Isabel... corre á su lado!
- ZELIA.** ¡Kaide se aleja y desaparece. Zelia le sigue hasta el fondo, en donde se queda desesperada.)
- BELT.** (Saliendo de la tienda y atravesando á todo escape la escena, desapareciendo por la derecha, sin ser visto de Zelia.) ¡Cristo! Qué jollin se vá á armar! ¡Escapemos!

ESCENA XIII.

ZELIA, DANIEL y BELTRAN.

- ZELIA.** (Bajando desesperada al primer piso.) ¡Ah, miserable de mí, que le he jurado mi propia ruina!
- DAN.** (Saliendo y reparando en Zelia.) ¡Qué tienes, Zelia? ¡Qué extraña agitacion!...
- ZELIA.** (Con dolor y desesperacion.) ¡Daniel, Hermano mio! ¡Amaba á otra!
- DAN.** (Comovido.) ¡Qué dices? No te comprendo.
- ZELIA.** A otra, mientras yo le consagraba mi corazon, mi vida, mi juventud, mis horas de reposo!
- DAN.** ¡Cielos! ¿De quién hablas? ¡Luego eran ciertos mis temores! (Celoso.) Luego existe un hombre á quien tú...
- ZELIA.** (Sollozando.) ¡Kaide, Kaide!
- DAN.** (Con asombro y enojo.) ¡Es Kaide!
- ZELIA.** Si. ¡Mi secreto amor! El ingrato dueño de mi alma!
- DAN.** Y te ha engañado ¿quién? ¡A ti tan buena, tan hermosa! (con pasion.) A ti ¿quién yo? ¡Kaide aparece en el fondo, seguido de varios criados. ¡Ah! exclama Daniel enfurecido.) ¡Ah! ¡Él es!... (Pasa rápidamente por delante de Zelia, llevando la mano á su puñal y resuelto á acometer á Kaide, que hablando con los que le acompañan, nada nota. Zelia exclama, deteniendo por el brazo á Daniel.)
- ZELIA.** ¡Detente! (Mueve el brazo de Daniel.)

ESCENA XIV.

KAIDE, ZELIA casi de rodillas: la cubre DANIEL, que tiene la mano en su puñal. El pueblo asoma y Mulak en el fondo con el estandarte circasiano en la mano, exclama:

CANTO FINAL.

MULAK: (Desde el fondo.)
¡Dios, desde el alto cielo
mirándonos está!
¡Luchemos como hermanos
por nuestra libertad!

CORO.
Luchemos como hermanos
por nuestra libertad!

DAN. (Conmovido y dudoso.)
¡Como hermanos!

ZELIA: (Bajo a Daniel.) ¡Ah, perdónale!

KAIDE: (Dirigiéndose a él.)
Noble Daniel,
ven a triunfar.

Ven, oh tú que á la patria juraste
alma, vida y valor consagrar!

DAN. (Mirándole indeciso, levantando en seguida los ojos al cielo y soltando el puñal.)
¡Lo jure!

¡Si...
Es verdad!

(Se adelanta al proscenio y exclama aparte con acento solemne y grave.)

(Por ti mi noble tierra,
por ti mi ojo calla!

el son de la batalla,
retumba en torno yal

(Lanzando una mirada de ternura y dolor á Zelia, que está desolada en el extremo izquierda.)

¡Alma del alma mía!
¡Hoy de triunfar es día!
Mañana mi venganza

... tremenda estallará!

KAIDE. (A la derecha.)
(...)

¡Mi amor! ¡Mi noble tierra!
la lucha empieza ya!

Del yugo que os oprime
mi brazo os libraré.

ZELIA. (Lo que juré al ingrato.
¡Ay mi pasión fatal!

Aunque el dolor me mate
cumplir mi honor sabré!)

MULAK y PUEBLO. Por esta noble tierra
corramos á luchar.
El cielo la victoria
nos asegura ya.

MULAK. (Con voz solemne desde el fondo.)

¡Protéjanos Dios!

¡Su amparo implorad!

(Todos los personajes y el pueblo se ponen de rodillas, excepto Mulak, que permanece en pie con la bandera en la mano. Momentos de religioso silencio. Se oyen dentro clarines. Todos se levantan y miran hácia la izquierda con alegría.)

KAIDE. ¡De la sierra
los bravos acuden
á nuestra señal!

(Al sonar los clarines, las ventanas, azoteas, miradores y alturas todas se coronan de mujeres, ancianos y niños.)

CORO. ¡Gloria á Kaide!
¡Por él grande y libre
la patria será!

KAIDE, DANIEL, MULAK, en medio de los dos y con la bandera.

¡Númen de la victoria!
¡Dios de la libertad!
¡De independencia y gloria
brille el instante ya!

CORO. ¡Númen de la victoria!
¡Dios de la libertad!
¡De independencia y gloria
brille el instante ya!

(Mulak agita la bandera y todos sus armas. Mulak, Kaide, Daniel, Sain y todos los circasianos corren con entusiasmo hácia el campo. El pueblo, que llena las calles y que corona las alturas, las azoteas



ACTO TERCERO.

Una sala pequeña en el palacio del Conde. En primer término una puerta á la derecha y otra á la izquierda. Mas allá de la puerta de la derecha, un ángulo con otra puerta que dá salida á un patio, y en seguida dos grandes ventanas de rejas. Por estas ventanas se vé el patio y parte de la galería del piso principal del palacio. En el fondo otra puerta. La escena está alumbrada por una gran lámpara que hay colgada en medio del techo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, el CONDE está sentado en un diván, y á su lado ISABEL, pensativa y triste. Á la derecha un grupo de esclavas en pié, excepto tres de ellas, sentadas en primera línea sobre almohadones y tocando la lira. Apenas el telon se ha levantado cesan de tocar.

CONDE. (Á Isabel.) ¿No te agrada la música de estas esclavas?

ISAB. (Melancólicamente.) Sí, padre mio.

CONDE. Yo la prefiero á sus rudos cantos montañeses, que nunca sonaron en mi oído sino mezclados con el rumor de las batallas. Ahora llegó tu vez, ¿no es así?

ISAB. ¿Cómo?

CONDE. ¿Olvidas que desde que parti para la guerra no he vuelto á oír mi canción favorita?

ISAB. Pero... en este momento...

CONDE. ¿Qué mejor ocasión?

ISAB. (Con impatencia y temor.) ¡Y-Andree que no vuelve!)
CONDE. Ya escucho.
ISAB. ¡Sea, pues vos lo quereis! (Se levanta.)

CANTO.

ACTO TERCERO

ISAB.

A mi ventana
 con blando arrullo
 la dulce brisa
 llamando está.
 Dí qué me traes
 entre tus alas,
 brisa suave,
 responde ya.

ESCS. (Imitando el eco de las brisas)

¡Ah, ah, ah!

ISAB. (Como respondiendo a él)

¡Ah, ah, ah!

ESCS.

¡Ah, ah, ah!

ISAB.

¡¡Aaah!!

Del prado los aromas
 traigo en mis leves alas;
 el canto de los valles,
 el eco de la mar,

y el son de mil suspiros
 que en el espacio vagan,
 y que por tí murmurán
 con misterioso ahan.

2^a

Brisa que robas
 su aroma al prado
 su son al río,
 su arrullo al mar;
 si entrar te dejas
 por mi ventana
 cuando te alejas,
 dime, ¿qué harás?

ESCS. (Como antes, & hablando de cómo se cubren á la brisa.)

ISAB. (Como antes.) ¡ Ah, ah, ah!

ESCS. (Como antes.)

ISAB. Yo llevaré á los valles en mis ligeras alas

tu aliento perfumado

tu plácido cantar

& el son de tus suspiros

en torno del que unas,

murmurará suave,

despareceré fugaz.

HABLADO.

CONDE. Gracias, Isabel. (A las esclavas.) Retiraos. (Las esclavas sa-

tudan respetuosamente y se van por el fondo. El Conde cruza la

escena y se acerca á una de las ventanas de la derecha.) ¡ Her-

mosa noche por mi vida! Yo me extrañaría que merced

á ella, tu promesa no llegase antes del alba.

ISAB. (Dios mío!)

CONDE. (Habla lentamente al proscenio.) Con un tiempo sereno,

las jornadas se hacen más prós... (En este momento se

abre con estrépito la puerta del ángulo derecha, frente al públi-

co, y sale Andrea.)

ESCENA II.

EL CONDE, ISABEL, ANDREA.

AND. (Viendo al Conde y deteniéndose turbada.) ¡(El amo!)

ISAB. (Movida.) ¡(Es ella!)

CONDE. (Pausa. El Conde se queda mirando con extrañeza á Andrea.)

CONDE. ¿Qué es eso? ¿Por qué llegais tan agitada?

AND. (Muy hipócritamente.) ¿Yo, señor? ¡No lo creais!

CONDE. ¿De dónde venis?

ISAB. ¡(Cielos!)

AND. (Dauando.) Del A. de la capilla de reza, mi novena. ¡Sino

que me dá tanto miedo siempre que cruzo ese patio de

noche...

- CONDE. ¡Miedo! El sueño que turba vuestros sentidos.
- AND. (Con humildad.) Bien podrá ser. ¡Ay, tener yo que mentir!
- CONDE. (Con severidad.) Dos horas sin dar razón de su persona...
- ISAB. No la riñais. (Andrea pasa levemente, y con la cabeza baja por delante del Conde, que la mira severo.)
- CONDE. ¡Cuide ella mas de sus deberes!
- AND. (Al pasar dice aparte, muy bajito y muy deprisa, y marcando cada frase.) (Todo esto me pasa por ser yo dócil, por ser yo blanda, por ser yo débil, por ser yo...)
- CONDE. (Que la oye murmurar.) ¿Qué dice?
- AND. (Ya en el lado izquierdo del prescinto, y con acento y maneras muy hipócritas.) ¡Jesus! ¡Si no he despegado mis labios!
- CONDE. Vea quién llega á la antecámara. (Andrea sube al fondo. Aparece el Alférez en la puerta, saluda y dice sin pasar del umbral:)
- ALF. El Alférez de guardia, señor Conde.
- CONDE. Entrad. (El Alférez entra dirigiéndose al Conde. Andrea baja al lado de Isabel, que le pregunta rápidamente y aparte.)
- ISAB. ¿La has visto?
- AND. (En voz baja y vivamente.) Sí.
- ALF. (Al Conde.) Vengo á deciros, que la feria ha terminado y que el pueblo se entrega en estos momentos á la fiesta.
- CONDE. Bien está. Dejadlos gozar libremente, y no se cause molestia á los forasteros.
- ALF. Nunca acudieron á la ciudad mas gentes de la montaña.
- CONDE. Eso prueba que nuestro buen proceder inspira mas confianza cada dia.
- ALF. Tal se ha creído, al ver que las principales danzas tienen lugar al pié de vuestros balcones.
- CONDE. ¿Si? Justo será entonces asomarnos un breve instante, para que comprendan que estimamos su cortesía. Isabel, quiero que tu presencia los anime. (Isabel y Andrea se miran como contrariadas.) Vos, señor Alférez, dejad los centinelas de costumbre, y que la guarnicion se retire á descansar.
- AND. (Bajo y rápidamente á Isabel.) Aquí os espero.
- CONDE. (Acercándose á su hija y llevándola de la mano.) ¿Vamos?
- ISAB. (Qué impaciencia!) (El Conde é Isabel se van por la primera puerta derecha.)
- ALF. (Con cierto aire cómico de descontento y recelo.) Por mas que

se diga... yo sigo en mis trece, señora! ay! Vifimos en-
tre muy mala gente... y lo mejor es no fiarse de su
aparente sumision.

AND. (Sobresaltada.) ¡Pues qué! ¿Toméis algo?

ALF. ¿Qué sé yo? (Misteriosamente.) Hay quien asegura que
muchos de esos montañeses traen armas ocultas debajo
de su traje.

AND. ¿Y por qué lo habeis llamado, hombre de Dios?

ALF. Porque el señor Conde me habria creído un visionario si
ya que no un cobarde. (En voz muy baja y lenta y misterio-
samente. Andrea se acerca y lo escucha con gran atencion.)
Pero... lo que yo haré... será estar alerta: y al primero
que se desmande... ¡Zas! (Hace con la mano el ademán de
cortar. Andrea dá un grito asustado cuando el Alfaro dice esto.)
¡Cabese abajo!

AND. ¡Ave Maria Purísima!

ALF. Como lo ois. En esta tierra no estamos nunca seguros.
(Pasa.) Buenas noches. (Se va yéndose por el fondo.)

AND. ¡Jesus, y de qué mal agüero es este hombre! Ya basta
para que yo no pueda cerrar los ojos. Y á todo esto la
circasiana esperando en el jardín que yo la conduzca á
la presencia de Isabel. ¿Qué secretos hay entre los dos
que yo no comprendo?... (Se oye el ruido de una puerta que se
cierra.) ¡Ay! (Asustada.) Me pareció sentir... No... Es
el viento sin duda. ¡Maldito Alfaro! Por culpa suya
voy á estar creyendo á cada instante que á lo mejor vá
á entrarse un circasiano por las puertas.

BELT. (Saliedo con gran cautela por la del fondo, corriendo y con
el disfraz de circasiano del acto anterior.) ¡Yo he aquí!

AND. ¡Ay! ¿A qué guardas! ¡Socorro! (Andrea corre desesperada
Beltran se acerca á un vez, y corre también. Por último, Andrea
queda en el lado derecho de la escena y Beltran en el izquierdo.)

ESCENA III.

ANDREA, BELTRAN.

BELT. (Corriendo.) ¡Si! ¡Que nos socorran á todos!

AND. ¡Cielos! Esa voz...

BELT. ¡Ay, mi señora Andrea!

AND. (Desde lejos y mirándole.) ¿Qué veis? ¡Un circasiano con la
cara de Beltran!

- BELT.** No, Es Beltran con la cara de circasiano.
- AND.** Misericordial, ¿Quién lo ha puesto así?
- BELT.** (Pasando á sentarse en el divan.) (Pasando de cansancio.)
¡Mis pecados! ¡Uff! (De fúndese en el divan.) ¡Tres lo-
guas al escapen! (De fúndese en el divan.) ¡Yo se me va!
- AND.** ¡Mira, sienta el amy desopado! (Asustado á él.) ¡De-
cid, infame! ¡Decid, mal cristiano! ¿De dónde venis de
ese modo?
- BELT.** (Levantándose de repente.) ¡De los infernos!
- AND.** (Retrocediendo.) ¡Ay!
- BELT.** (¡Que no otra cosa es aquella maldita aldeal!) (Viniendo
corrido al lado de Andrea.) ¡Señora Andrea, ¿no podeis en-
comandar nuestra alma á Dios!
- AND.** (Asustada.) ¡Qué decís?
- BELT.** ¡Que como no andemos listos, nos vamos á quedar sin
cabeza!
- AND.** ¡Animas benditas!
- BELT.** (Inquieto.) ¡En dónde está el amo? ¡En dónde está el se-
ñor Conde!
- AND.** No, oy presentéis á él con ese traje.
- BELT.** ¡Si, bonita es la ocasion para andarse con etiquetas!...
(De sorrido le mira y le dice con beldad sombría.) ¡Esta no-
che nos vendimian!
- AND.** ¿Cómo?
- BELT.** ¡Como! ¡Si! La cosa me se hará mucho esperar. ¡Pero
dónde está el amo?
- AND.** Ha ido á ver las danzas.
- BELT.** ¡Si? Nosotros si que vamos á danzar.
- AND.** ¿A danzar?
- BELT.** (Ovosiendo á ella.) ¡Dejadme buscar al señor Conde.
- AND.** (Deteniéndole.) ¡Pero acabad: ¿qué pasa?
- BELT.** ¡Qué ha de pasar! ¡Que vienen contra nosotros todos
los circasianos de la montaña.
- CONDE.** ¡Dios nos asista! ¡E
- BELT.** (Con triste acento.) ¡Figuraos qué desolacion!... Los cris-
tianos seremos hechos trizas! se llevarán á todas las
cristianas!... (La mira de pronto y dice con naturalidad.)
No, á vos os dejarán aquí!
- AND.** ¡Buen consuelo... cuando no haya quedado piedra so-
bre piedra!
- BELT.** ¡Si de esta hecha los circasianos, concluyen con vo-
sotros! (En este momento el Conde desaparece por la

- primera puerta derecha, y oyen las palabras de Beltran.)
- ISAB. (Adelantándose.) ¡Cielos!
- CONDE. (Id. y con severidad.) ¿Qué estás diciendo?
- BELTR. (Cae de rodillas.) ¡Señor, perdónad! Pausa.)
- CONDE. (Mirándole con extrañeza.) ¿Qué traje es ese, miserable? ¿Por qué estás así vestido?
- BELTR. Estoy así vestido, porque...
- CONDE. (Vivamente.) Levanta.
- BELTR. (Levantándose y hablando azorado.) Bastos saber, señor, que á este disfraz le debo el haber descubierto la conjuración... que los circasianos han fraguado en la montaña.
- CONDE. (Con extrañeza.) ¡Una conjuración!
- BELTR. Sí, señor, de acuerdo con los habitantes de la ciudad.
- CONDE. Imposible.
- BELTR. No lo dudeis. Á estas horas se habrán introducido en Valka centenares de enemigos, con el pretexto de asistir á la fiesta... en tanto que otro gran número de ellos espera en las intermediaciones el momento de la lucha.
- CONDE. (Severamente.) Piensa que si me engañas...
- BELTR. (Insistiendo.) Si los acabo de ver yo mismo. Todo lo sé: ¡os lo juro! Oídme, por caridad! (El Conde le presta mas atención.) Uno de esos condenados debe penetrar en este palacio, llegar hasta donde vos esteis... y daros la muerte.
- ISAB. (Acercándose vivamente al Conde.) ¡Ah, padre mio!
- AND. (Añigada.) ¡Señor!
- CONDE. (Vivamente á las dos.) Silencio. (A Beltran.) Continúa.
- BELTR. En seguida debe asemarse á uno de vuestros balcones y gritar: «¡Valka es libre!» ¡Esta será la señal de que no existis... y entonces... empezará la degollina!
- AND. ¡Santo Dios... Santo fuerte!
- ISAB. (Al Conde.) ¡Oh, no me separaré de vuestro lado!
- BELTR. (¡Quién se pudiera meter en lo mas profundo de la tierra!..)
- CONDE. ¡Así pagan mi clemencia! (De pronto viendo la aflicción de los otros.) ¿Qué es esto? ¿Lágrimas? ¿Temores? ¡Vive el cielo!... yo existo todavia!... poseo el secreto de su traición... y ni un solo rebelde vá á escapar esta noche con vida! (A Beltran con imperio.) ¡Llama á los oficiales de mi guardia!
- BELTR. Corriendo. (Echa á correr hácia el fondo.)

CONDE. (Como antes.) Espera.

BELT. (Viniendo corriendo del fondo.) Señor.

CORDE. Llama también al capitán de mis arqueros.

BELT. (Echando á correr al fondo.) ¡Ajá! Esto se va animando.

CONDE. ¡No! Detente. (Béltran vuelve corriendo.) Yo mismo quiero ir... (Á los tres en voz baja.) Mucho sigilo sobre todo. Que nuestros enemigos no sospechen que hemos descubierto su infame trama.

ISAB. ¿Pero qué intentais?

CONDE. Hacerles caer en el lazo que ellos me han tendido. ¡Ah! Queino me hablen esta vez de generosidad ni de clemencia, porque no la tendré con ninguno. (Á Béltran.) ¡Al punto ensilla mi caballo!

BELT. (Yéndose y aparte.) ¡Malot! ¡Esto es que vamos á correr!

ISAB. ¡Ah! ¡Vuestra existencia antes que todo!

CONDE. Tranquilízate, Isabel. Retírate á tu cuarto... (Pasando á la derecha.) y nada temas por mí. Yo te aseguro...

ISAB. ¡Padre mío!

CONDE. (Á Andrea.) ¡No los separeis de ella! (Á los tres con energía.) ¡Pronto vereis cómo escarmento para siempre á esos traidores! (Se vá por el fondo.) (Pausa. Isabel en un lado.)

ESCENA IV.

ANDREA, ISABEL.

AND. ¡Jesús! ¡Jesús! Cuando más descuidada estaba una...

ISAB. ¡Solo faltaba á mi corazón esta nueva inquietud!

AND. ¡Así provocan el terrible enojo de vuestro padre! Pobre del primero que se aventure! ¡Ay, Virgen Santa!

ISAB. (Volviendo la cabeza.) ¿Qué?

AND. Y la circasiana que mandasteis conducir aquí...

ISAB. (Viniendo con inquietud al lado de Andrea.) ¡Es cierto! ¿Dónde está?

AND. En los jardines, espera que te espere. Si la llegan á ver...

ISAB. (Inquieta.) ¡Corre! No expongas su libertad... y acaso su vida.

AND. ¿Aún queréis hablarla?

ISAB. No, no. Cuando mi padre peligrar no debo pensar... ¡Vé! Dile que me es imposible recibirla... Que te confíe á tí

...la respuesta que ha venido á traerme.
ANDREA. ¿Una respuesta?
ISAB. Si. Ya sabrás. Recomiéndale sobre todo que se vuelva al instante á su aldea.
ANDREA. Pero sin enterarla de lo que hay!
ISAB. ¡Oh! no. Eso sería peligroso. Ella además ignora quién es mi padre.
AND. Y tampoco sabe que este es el palacio del gobernador. Yo la introduje como me mandáteis por la puertecita que comunica con la casa del jardinero...
ISAB. (Impaciente.) Bien. Dáte prisa.
AND. Voy, voy volando... (Se dirige á la puerta del ángulo derecho y llama al público.) Al llegar, la puerta se abre de par en par y aparece del lado afuera Zelia, que permanece sin entrar. Viene con la mirada abatida y domtinando su profundo pesar.) ¡Cielos!

ESCENA V.

DICHAS, ZELIA.

ISAB. ¿Es ella? (Retrocede de modo que Zelia no pueda verla. Paasa.)
AND. ¿Cómo habeis llegado hasta aqui?
ZELIA. (Con voz entrecortada y breve.) No lo sé. Ya me cansaba de esperar.
AND. ¿Me gusta! Así os lanzais á la ventura... Mi señora no puede recibirnos. Voy á guiaros de nuevo...
ZELIA. No. Es preciso que yo la vea. (Entra velozmente.)
AND. ¡Calle!
ISAB. (Adelantándose y como excusándose.) ¡Zelia!
ZELIA. ¡Ah! (Con ironía y contemplándola.)
ISAB. No extrañeis que á pesar de la cita que os di... (Se dirige velozmente á Andrea que está un poco al fondo.)
ZELIA. (En el proscenio.) ¡La miro y no quebranto mi promesa!
ISAB. (Á Andrea junto á la puerta del fondo y aparte.) Sal. Observa si alguien puede sorprendernos...
AND. Pero cuándo me explicareis...
ZELIA. (En el proscenio y aparte.) ¡No puede ir mas allá mi sacrificio!
ISAB. (Andrea se vá. Isabel, viniendo apresuradamente al lado de Zelia, le dice con inquietud.) Si supierais cuánto me inquieta vuestra verdad...
ZELIA. (Con sorpresa é ironía.) ¡Qué! ¡No la deseábais!

- ISAB. Hace una hora, no digo... pero en estos momentos...
- ZELIA. (Como antes.) Cuando se esperan nuevas de un amante...
- ISAB. (Con viva ansiedad.) ¿Me traéis noticias suyas?
- ZELIA. (Con intencion.) ¡Yo misma no lo creo!
- ISAB. Si, era tan incierto el encontrarle... ¡Ah, cómo recom- pensaros!... (Vá á cogerle una mano.)
- ZELIA. (Retira la mano vivamente por un movimiento involuntario de repulsión. En seguida se domia y entre amarga súplica y pena dice disimulando.) ¡Ya lo estoy!
- ISAB. Decis bien; porque mi gratitud y mi amistad serán eternas. Pero... (Inquieta de nuevo.) no quisiera que os detuviérais aquí mucho tiempo. La noche está muy avan- zada y en vuestra aldea pueden echaros de menos...
- ZELIA. (Con cierta amargura.) ¡Á mí nadie me espera!
- ISAB. No importa. Dadme pronto esas nuevas. ¿Le habeis visto, no es verdad? ¿Le habeis hablado? ¿Os ha pro- metido acudir á salvarme?
- ZELIA. (Dominándose y respondiendo con esfuerzo.) Eso vengo á deciros
- ISAB. ¡Ah, me volveis la vida! Gracias, Zelia. Mis esperanzas se reaniman, (Con animacion.) mi amor recobra sus muer- tas ilusiones, mi alma siente una felicidad... que no pue- do explicaros!
- ZELIA. (Mirándola y sonriendo forzosamente.) ¡Dá envidia el veros tan dichosa!
- ISAB. (Con extrañeza y tono afectuoso.) ¿Envidia, Zelia? ¿Qué pue- de inspiraros tal sentimiento?
- ZELIA. (Amargamente.) Mi suerte despiadada.
- ISAB. ¿Vos sufris? ¡Ah, qué egoista he sido! Ni una sola vez os he preguntado por vuestro secreto amor. (Pausa. Se acerca á Zelia.) ¿Vive aun en vuestro pecho?
- ZELIA. ¡Siempre!
- ISAB. ¿Con alguna esperanza?
- ZELIA. (Tristemente.) ¡Con ninguna!
- ISAB. Pero el hombre á quien lo consagrais...
- ZELIA. ¡Ama á otra!!
- ISAB. (Con lástima.) ¡Teneis una rival!
- ZELIA. (Al oír esta palabra le lanza una veloz mirada iracunda; pero la reprime prontamente y dice con acento breve y secamente.) Si. (Mirándola y animándose poco á poco.) Una rival... de quien yo, juguete miserable del destino, llegué á ser la mas sincera amiga! Una rival que me martiriza con su pre- sencia, que me humilla con su hermosura, que me in-

- sulta con las ilusiones de su amor! una rival... que á no ser por lo que he jurado... (Aumentando su ira.) al mirarla cara á cara... (Con gran fuerza.) la mataría solo con el fuego de mis celos!
- ISAB.** (Conmovida y apiadada, y á media voz.) ¡Zelia!
- ZELIA.** (Rompiendo en sollozos.) ¡Ah... no... no es ella!... ¡yo soy la que debo morir! (Pausa.)
- ISAB.** (Cariñosamente.) ¡Zelia, amiga mia!... ¡Oh, mucho debéis sufrir... lo comprendo! (Recordando con tristeza y hablando pausadamente y en voz baja.) Yo tambien... estos dias... en mis horas de soledad... creyendo mi amor en el olvido... yo tambien he estado celosa!... (Zelia la mira vivamente.) no lo extrañeis. Hay un recuerdo que á pesar mio... constantemente me persigue y me inquieta.
- ZELIA.** (Despacio y muy admirada.) ¡Á VOS!
- ISAB.** Una noche... la última en que le ví... (Zelia la vá escuchando con gran interés y creciente emoción.) me habló de una mujer, de una compañera de su infancia...
- ZELIA.** (Muy vivamente.) ¿Os habló de ella?
- ISAB.** (Lentamente.) Sí. Me contó que la profesaba un sincero cariño, que acaso algun dia la hubiera hecho su esposa... á no haberme conocido á mí!
- ZELIA.** (Con gran ansiedad.) ¿Qué estais diciendo?
- ISAB.** ¡Jamás lo olvidó! (Se queda triste.)
- ZELIA.** (Ap. y separándose de Isabel, dice muy agitada por la emoción y la alegría.) Luego Kaide no me miraba solo como una amiga. Luego, según le ha dicho... (Alegre y vivamente.) ¡Ah, no es que yo le soy indiferente!... no es que yo no le inspiro amor, no!... (Con fuerza de ira y señalando á Isabel que no la mira.) ¡Es que esta mujer me lo ha robado!
- ISAB.** (Prestando el oído hácia el fondo.) Siento rumor en esos corredores. (Sube al fondo.)
- ZELIA.** (Ap., erguida y con energía.) ¡Ah, ya no quiero ser la víctima que se resigna y calla! ¡quiero luchar!... su cariño era mio... (Con sarcasmo y energía.) y ella misma me lo ha dicho... ella misma!
- ISAB.** (Bajando del fondo vivamente.) ¡Viene gente! ¡Si os sorprendiesen aqui... si os detuvieran!...
- ZELIA.** ¡Detenerme! ¡Oh, no; es fuerza que yo parta!
- ISAB.** ¡Y Andrea, que no acude á guiarnos!...
- ZELIA.** Yo misma buscaré la salida. (Dirigiéndose á la puerta del ángulo derecha frente al público.)

- ISAB. Pues bien: volved al punto á vuestra aldea y sed dichosa!
- ZELIA. (Desde la puerta, y con voz solemne.) El cielo decidirá! (Desaparece cerrando tras sí.)
- ISAB. ¡Dios mio! ¡Si no acertara!... (Dirigiéndose al fondo.) ¡Andrea! ¡Andrea! (Llamando.)

ESCENA VI.

ISABEL, BELTRAN, asorado.

- BELT. (Saliendo por el fondo.) Esto se pone serio!
- ISAB. ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Qué trues?
- BELT. ¡No sé! ¡Creo que mucho miedo!
- ISAB. ¡Chis! Habla bajo. (Mirando á la puerta por donde se fué Zelia.) (Si aun pudiese oirlo...)
- BELT. (Asustado y alzando la voz.) ¡Eh! ¿Pues quién anda por ahí?
- ISAB. ¡Silencio! ¡Baja la voz te digo! (Con misterio y á media voz.) ¿De dónde vienes?
- BELT. (También con misterio y á media voz.) De la cuadra.
- ISAB. (Séria y con extrañeza.) ¿Cómo?
- BELT. De ensillar el caballo.
- ISAB. ¿No has visto á Andrea?
- BELT. ¿Pero por qué hablamos tan?...
- ISAB. Responde, ¿No la has visto?
- BELT. ¿Al aya? El señor Conde la ha mandado que se vaya á vuestro cuarto mas que de prisa.
- ISAB. ¿Á mi cuarto?
- BELT. Y vos hareis bien en retiraros cuanto antes.
- ISAB. ¿Pues qué ocurre?
- BELT. Que nuestras tropas se han emboscado sigilosamente en los alrededores de la plaza y junto á las puertas de la ciudad, y que el señor Conde ha mandado que se deje entrar en este palacio á todo el mundo.
- ISAB. (Con extrañeza.) ¿Á todo el mundo?
- BELT. Si, señora. Su plan es que el traidor que intente asesinarle, pueda subir libremente á sus habitaciones.
- ISAB. (Sobresaltada.) ¡Á sus habitaciones!
- BELT. ¡Oh! Por eso no hay cuidado. En ellas hay ocultos diez hombres de armas, y apenas el asesino penetre allí... recibirá la muerte.
- ISAB. ¡Dios mio!

BELT. Entonces el señor Conde dará desde su balcón la misma señal que los rebeldes esperan. Estos al oírla se lanzarán á la insurrección; pero cercados y envueltos por todas partes, ni uno solo escapará con vida.

ISAB. (Inquieta.) Yo quiero ver á mi padre!
BELT. Vuestro padre no corre ningun peligro. Os lo aseguro. Todas las precauciones estan tomadas.

ISAB. (Instando.) Aunque no sea mas que un breve instante. En seguida me volveré á mi cuarto.

BELT. Allí acaba de enviar algunos arqueros para custodiaros.

ISAB. (Con espavento.) Tú permanecerás á su lado, ¿no es así? Tú le defenderás... (Se dirige á la primera puerta de

BELT. ¡Vaya si la defenderé! Pues, pocas ganas tengo yo...

ISAB. Sígueme. (Se vá por dicha puerta.)

BELT. (Solo y dándose valor.) ¡Animo, Beltrand! Tose fuerte un poco. Da un salto de miedo, espantado de sí mismo, y echa á correr.) ¡Ejem! ¡Ay! ¡Hasta la tos me asusta! (Se vá por la primera puerta derecha.)

ESCENA VII.

ISAB. Sale por la puerta del ángulo derecha y mira á todos lados con señales de impaciencia.

¡No está! ¿Y cómo hacer ahora? He hallado la verja del patio cerrada... y me es imposible salir á los jardines. ¡Dios mío! ¡Yo que debia estar ya al lado de mi hermano! ¡Al lado de Kaide, que tal vez á estas horas expone su vida! ¡Oh! ¡Esa mujer furiosa, es la causa de todos mis tormentos! Si al menos yo encontrase á ella... Siento pasos. (Mira al fondo.) ¡Dos hambres! (Entrando

en la puerta del ángulo izquierda frente al público y corriendo.) ¡Ah! ¡Qué impaciencia!

ESCENA VIII.

KAIDE, **DANIEL** (Sale por el fondo con gran precaución y mira á todos lados. En seguida aparece en el umbral Kaide, emboscado en una capa.

DANIEL (En voz baja á Kaide.) Hemos llegado.

KAIDE (Entrando y también en voz baja.) La fortuna nos protege,

- DANIEL.** (Sin avanzar al proscenio y señalando á la primera puerta derecha.) Aquella puerta es la que conduce á las habitaciones del gobernador. Tu disfraz te dará en ellas fácil entrada. Piensa que el tiempo urge; que si tu señal tarda, los nuestros impacientes se lanzarán á la pelea.
- KAIDE.** ¡Déjame!
- DAN.** (Con gravedad.) Un momento, Kaide. (Kaide lo mira y se adelanta dos ó tres pasos.) ¡Daniel! ¡En un instante alza los ojos al cielo, suspira calladamente y viene al lado de Kaide, á quien dice con grave entonación y siempre en voz baja.) En esta hora solemne, cuando puedo morir en la lucha que se prepara... la santa voz de mis deberes me manda sacrificarlo todo por la felicidad de una pobre huérfana.
- KAIDE.** ¿Hablas de Zelia?
- DAN.** Sí. ¡Durante muchos años la he servido de hermano, de segundo padre!—Si otro afecto hubiera podido sentir hácia ella... ¡Dios lo habría hecho imposible! ¡Estoy seguro!
- KAIDE.** ¿Cómo?
- DAN.** ¡Ah! ¡No! ¡Nada debe empañar la pureza de aquel inocente cariño! (Enternecido.) Kaide!—Si yo fuero en el combate, á esa pobre niña no le queda más apoyo que tú. ¡Piensa que la encomiendo á tu honor!
- KAIDE.** ¡Oh! Yo te juro...
- DAN.** (Con intención.) Piensa que no hay mujer más digna de ser amada!
- KAIDE.** (Con extrañeza.) ¿Qué quieres decir?
- DAN.** ¡No me pidas explicaciones, Kaide! ¡Tú no puedes comprenderme, ni yo puedo decirte más! Los instantes pasan. Dáme tu mano... (Estrechándola.) y que la voluntad de Dios se cumpla! (Vase por el fondo.)
- KAIDE.** (Pausa.) ¿Qué significan sus palabras? No adivino... (Pausa.) ¿Por qué me hablaba tan turbado? ¡Ah! No lo extraño. Á mí también me late el corazón con violencia... y sin embargo no es con el puñal del asesino... sino con el acero del soldado... y peleando cara á cara... como vengo á arrancar la vida al matador de mi padre.

(Pausa.) Pero... el misterio... el silencio, ¡los muros que me cercan! (Con mas fuerza.) ¡Ah mis osadas correrías de la vega! ¡Prefiero mil veces vuestros peligros... á esta fácil empresa... que tiene todo el aspecto de una asechanza de traidores! Acabemos. ¡De mí depende la libertad de un pueblo entero! ¡Que el cielo me proteja! (Se dirige resueltamente hácia la primera puerta derecha. En este momento Zelia ha entreabierto la del cuarto en donde está oculta, y dice desde allí aparte y mirando á Kaide, que en este momento está de espaldas.)

ZELIA. ¿Me engañan mis ojos?

KAIDE. (Al llegar á la primera puerta derecha, se detiene y dice:) Bajen por la escalera! (Se vuelve vivamente y se oculta en el ángulo que forma la habitación.)

ZELIA. (Reconociéndole, dice aparte y celosa.) ¡Kaide! Viene á ver á su amante cuando yo le creía...)

ISAB. (Apareciendo en el umbral de la primera puerta derecha y hablando con Beltran que la acompaña.) Sí. Me retiro mas tranquila. Adios, no te separes de él.

KAIDE. (Desde el ángulo, con gran sorpresa.) ¡Esa voz!...

BELT. (Desde el umbral y yéndose por la misma puerta.) Recogeos pronto. (Desaparece.)

ISAB. (Viniendo lentamente al centro de la escena.) ¡Ah! ¡Quiera Dios que segun me ha dicho... nada suceda al fin esta noche!

KAIDE. (Saliendo del ángulo.) ¡Es ella!

ISAB. (Retrocediendo.) ¡Un embozado!

KAIDE. (Con grandísimo asombro.) ¡Isabel!

ISAB. (Reconociéndole.) ¡Ah! ¡Vos aquí!

KAIDE. (Confundido.) ¡Qué es esto, cielos?

ISAB. ¿Cómo? No bien he recibido vuestro mensaje... y os presentais tan de improviso... en estos momentos...

ZELIA. (Que observa desde la habitación en donde está oculta.) ¡Ah!

KAIDE. (Con suma agitacion.) ¡Explicaos, Isabel, explicaos! ¡Porque... hay aqui un arcano que me aterrará!

ISAB. ¿Un arcano?

KAIDE. ¿Vos habitais en este palacio?

ISAB. ¡Sí!

KAIDE. (Mas inquieto.) Entonces el Conde de Rosen... el gobernador de Valka...

ISAB. Es mi padre.

KAIDE. (Aterrado.) ¡Su padre!

ZELIA. (Ap. desde donde está.) ¡Justicia divina!

(A Kaide.) ¡Qué os asombra?

(A Kaide.) ¡Por qué tan turbado?

Aunque temo

de un padre el rigor,

(Cariñosa.) ¡ay! al veros

de nuevo á mi lado,

su esperanza

recobra mi amor!

KAIDE. (Ap.) ¡Desdichada fatal suerte mía!

¡Hora horrible de espanto y dolor! (Pausa.)

ISAB. (Afectuosamente.)

La noche que en la yega

por vez postrera os ví,

á vuestro amor esquivá

sin yo quererlo fui,

mi labio os engañó,

yo misma no creí

que vuestra ausencia fuera

la muerte para mí,

A UN TIEMPO.

KAIDE. (Ap.) ¡Mi acero vengador,

se vuelve contra mí!

¡ay, á su voz amante

no puedo resistir!

ZELIA. (Ap. desde la puerta.)

(El eco de su amor,

que llega dulce aquí,

celosa ardiente llama

está encendiendo en mí.)

ISAB.

¡Mi labio os engañó!

Yo misma no creí

que vuestra ausencia fuera

la muerte para mí!

En mi padre,
que tanto me adora,
debeis confiar.

KAIDE. (Asaltado del recuerdo del Conde.)
(¡Ah!)

ISAB. ¡Qué mas dicha
que vernos unidos!

(Indeciso.) ¿No es verdad?

KAIDE. (Indeciso.) ¡Isabel!

ISAB. (Muy cariñosa.)

¿No es verdad?

KAIDE. (¿Y soy yo quien tal dicha destruye?)

No! su amor es primero!

(Gran rumor dentro.)

ISAB. ¡Callad!

VOCES. (Del pueblo dentro.) ¡Kaide! (Como ecos perdidos.)

KAIDE. ¡Oh!

VOCES. (Del pueblo dentro.) ¡Kaide!

ISAB. (Aterrada.) ¡Rumor siniestro!

KAIDE. (¡Mi sangre hiélase!)

ZELIA. (¡Ay, si á su patria

llega á olvidar!)

KAIDE. (¡Valor! ¡qué dudo!)

(Corre hácia la primera puerta derecha.)

ISAB. (Siguiéndole.)

¿Adónde vais?

KAIDE. (Al llegar al umbral se detiene á la voz de Isabel, turbado é indeciso.)

(¡Me es imposible!

¡Oh, no! ¡jamás!)

VOCES. (Del pueblo dentro.) «¡Kaide!» (Isabel vuelve á manifestar su miedo. Kaide, como tomando una resolución, se dirige á Isabel y le dice tiernamente.)

KAIDE. Si cual yo que te idolatro,

tú me quieres, prenda mía,

ven, huyamos dó la suerte

mas dichosa nos sonría!

Olvidando al mundo entero

á tus pies me postro yo.

Ven, hermosa, solo quiero

(De rodillas.)

ser esclavo de tu amor!!

¡Ven, huyamos!

¡Ven, mi amor!...

¡Ven, oh cara prenda mía!

por tí al mundo olvido yo.

ISAB. (Con extrañeza.)

Ese lenguaje...

¡Ah! ¡quién creyera! (Se separa de él.)

KAIDE. (Con resolución la coge de la mano y vá á llevársela.)

¡Ven, Isabel.

Parlamos!

ZELIA. (Saliendo vivamente y presentándose en medio de los dos con decisión.)

¡No!

ISAB. } (Sorprendidos y separándose.)

KAIDE. } ¡Zélia!

ZELIA. (En medio.) ¡Zélia!

¡La misma soy!

(Á Kaide, con energía y asegurando que Isabel no le oye.)

De tus hermanos

la voz te llama.

Ya sorda ruge

la rebelión!

Salva á tu patria!

Llegó la hora!

¡Parte!

KAIDE. (Dudando.) ¡Un momento!

ZELIA. (Con prontitud y energía.)

¡Parte!

KAIDE. ¡Gran Dios!

ZELIA. (Ap. á Kaide.)

Tú, del pueblo la sola esperanza,

tú el caudillo de invicto valor,

á los pies de una hipócrita vendes

tu vida,

tu gloria,

tu patria y tu honor!

KAIDE. (Ap. y conmovido.)

¡Ah, mis fieles,

mis pobres hermanos!

Perdonadme

si ciego de amor
 á los pies de Isabel olvidaba
 mi vida,
 mi patria,
 mi gloria,
 y mi honor!

ISAB. ¡Ay de mí, que sin alma y cautiva
 en los pérfidos lazos de amor,
 no miré que tenaz arriesgaba
 mi fama,
 mi dicha,
 mi gloria
 y mi honor!

HABLADO.

ZELIA. (A Kaide, enérgicamente y señalándole la primera puerta derecha.) ¡Apresúrate!

ISAB. ¡Pero Dios mio! (A Kaide.) ¿Quién sois? ¿Qué es lo que quiere esta mujer?

ZELIA. Esta mujer quiere que no sea traidor á su patria. Quiere... Quiere que no os ame, ¿lo entendeis?

ISAB. ¿Qué oigo!

KAIDE. ¡No amarla yo!

ZELIA. ¡Calla, calla... si no pretendes que yo muera!...

KAIDE. ¡Cielos! ¿Qué dices?

ISAB. Entonces... vos, que os llamábais mi amigo, vos que me habéis traído esta misma noche un mensaje suyo, acabad de una vez, ¿Qué es esto? ¿Quién es el hombre que empieza á despertar mis recelos... y que así sufre vuestras duras palabras?

ZELIA. (Con energía.) Ese hombre es...

KAIDE. (Vivamente.) ¡Detente!

ZELIA. (Con resolución.) ¡Ese hombre es Kaide! El caudillo de los circasianos de la sierra.

ISAB. (Aterrada.) ¡Cielos!!

KAIDE. (Acudiendo á su lado.) ¡Isabell!

ZELIA. (Señalando á Kaide.) ¡Ese es vuestro amante!...

ISAB. (Con horror.) ¡Mi amante! ¡Un enemigo de mi Dios y de mi patria! (A Kaide.) ¡Apartad! (Sollozando.) ¡Oh! ¡Qué horrible engaño!

- KAIDE.** ¡Zelia! ¿Qué has hecho? (Sordos ruidos dentro.)
- ZELIA.** (Aparte á Kaide.) ¡Escucha! ¡Escucha al pueblo, que ruge impaciente como las olas de la mar... y tu señal no suena. ¿Quieres abandonarlos? ¿Quieres entregarlos al bárbaro matador de tu padre?
- KAIDE.** (Estremeciéndose.) ¿Qué me recuerdas?
- ISAB.** (Con sobresalto y saliendo un poco hacia el fondo.) Otra vez ese extraño rumor...
- KAIDE.** ¡Ah! ¡Retroceder es ya imposible! (Se dirige resueltamente á la primera puerta derecha y desaparece por ella.)
- ISAB.** (Que lo vé, viene vivamente al lado de Zelia y le dice.) ¿Adónde vá?
- ZELIA.** (Con energía.) Á cumplir su juramento.
- ISAB.** ¿Su juramento? Explicaos. ¿Qué nuevo infortunio me amenaza?
- ZELIA.** ¡No me lo preguntéis!
- ISAB.** ¿Cómo! ¡Hablad! ¿Por qué se ha dirigido á esas habitaciones? ¡Vuestras palabras! ¡Su misma turbación! (De pronto y adivinándolo todo.) ¡Oh! ¡Dios mío!
- ZELIA.** (Intentando retirarle de allí.) ¡Alejados! ¡Alejaos de estos sitios!
- ISAB.** (Con terror.) ¡Ese hombre es el que quiere asesinar á mi padre!
- ZELIA.** ¡No! Sino combatir noblemente con él.
- ISAB.** ¿Qué decis? (Vivamente.) ¡Ah! ¡Detenedle! ¡Está perdido sin remedio!
- ZELIA.** (Con sorpresa y gran interés.) ¿Perdido?
- ISAB.** Sí. Su traición ha sido descubierta, y vá á caer en poder de los soldados que le acechan para darle muerte!
- ZELIA.** ¡Ah! (Corre desolada á la primera puerta derecha, que está cerrada.)
- ISAB.** (Desde el centro de la escena.) ¡Que huya de aquí! ¡Yo le perdono!
- ZELIA.** (Queriendo en vano abrirla.) ¡Cielos! ¡Han cerrado por dentro esta puerta!
- ISAB.** ¡Ah! Si no fuese tiempo...
- ZELIA.** (Viniendo al lado de Isabel.) ¡Vos acudireis á salvarle! ¡Por fuerza habrá otra escalera! ¡Volad! Decid á vuestro padre...
- ISAB.** ¡Á mi padre! No. Su enojo es terrible, y en vano yo intentaría...
- ZELIA.** (Suplicante.) ¡Ah! ¡No os vengéis ahora de entrambos!

(Sollozando.) Yo renunciaré á él si es preciso... Yo...

(Arrodillándose á los pies de Isabel.) Yo haré lo que que-

rais... ¡pero salvad su vida!

VOCES. (Del pueblo.) ¡Dentro! ¡Valka! ¡Valka!

ISAB. ¡Oh! ¡Va es tarde!

ZELIA. ¡Tardel! ¡Es imposible! (Se levanta.)

ISAB. ¡Sí! ¡Esa era la funesta señal! (Acomódose á una ventana

de la derecha.) ¡Nuestros soldados corren en tropel por

esas galerías!

ZELIA. (En el lado izquierdo de la escena.) ¡Kaide! ¡Mi Kaide! (En

este momento un vivo resplandor rojo penetra por la ventana

iluminando la escena.)

ISAB. (Dá un grito y se retira volviendo al lado de Zelia.) ¡Ah!

ZELIA. Ese resplandor... (Corre á la ventana y mira.) ¡Mirad, los

aceros brillan al fuego de incendio!

ISAB. ¡Padre mio! (Se oyen rumores y el choque de las armas.)

ZELIA. (Acercándose á la puerta del ángulo derecha frente al público.)

Combaten en este patio... tambien han cerrado la

puerta. (Todas incluso la del fondo estan cerradas.)

ISAB. ¡Es imposible la salida! (El resplandor de las llamas se ve

por las ventanas y por debajo de las puertas.)

ZELIA. Pues bien... ¡Cúmplase nuestra suerte. Yo sin Kaide no

quiero la vida! (Coge á Isabel de la mano y dice resueltamente

y deteniéndola.) Morid aqui conmigo.— ¡Vos, causa fatal

de nuestras desventuras!

ISAB. (Queriendo soltarse. Los tumores crecen y los ecos del motin.)

¡No! ¡Sacorro! ¡Sacorro!

ZELIA. No lo esperemos... ¡Nadie pueda oírnos! (Isabel se suelta de

Zelia, vá á huir, pero en este momento un pedazo del primer muro

de la izquierda cae y penetra por él llamas. Isabel asustada

se apoya en el diván, casi desfallecida.)

ISAB. ¡Ah! ¡Las fuerzas me abandonan!

ZELIA. (Contemplándola como vuida.) ¡Yacila! Vá á perecer.— ¡Y yo

acaso podría salvarla! (Con fuerza y resolución.) ¡Ah! ¡Dios

mio! ¡Yo tambien sé perdonar! (Corre adonde está Isabel y

la levanta resueltamente.) ¡Alienta! ¡Ven... y el cielo nos

proteja! (Las dos, asidas de la mano, se dirigen corriendo á la

puerta del fondo. Al llegar al centro de la escena, los muros del

fondo y los laterales caen en ruinas y devorados por las llamas.

Música en la orquesta. Zelia é Isabel dan un grito de horror.

Zelia sostiene á Isabel y retrocede con ella hasta el proscenio iz-

quierda. Al caer los muros y al toque de clarines se vé la ciudad,

cuyos principales edificios devora el incendio y en cuyas calles combaten los circasianos con los soldados del Conde. Unos escalan los fuertes, otros pelean entre el incendio, etc. Al rumor de las armas se mezcla el toque de los clarines y los gritos de guerra. Mulak, con una tea encendida en una mano y la bandera en la otra, está sobre unas ruinas animando al pueblo. Este cuadro dura lo que la música que toca la orquesta. Los soldados rússos van arrollando á los circasianos, que se dispersan vencidos en varias direcciones. Zelia é Isabel han permanecido en el proscenio izquierda, contemplando aterradas la lucha. Despejadas las calles de la ciudad, se vé á Sain, que seguido de seis circasianos penetra en la escena por entre las ruinas, y exclama á los suyos señalando con ira á Isabel.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHAS, SAIN, DANIEL, el CONDE, KAIDE, el ALFEREZ, BELTRAN, SOLDADOS.

SAIN. ¡Esa es la hija del Conde! ¿No la visteis á su lado en el balcon?

ZELIA. Sain... ¿qué intentas? (Poniéndose delante.)

SAIN. ¡Perezca toda su raza!

TOOS. ¡Sil!

ISAB. ¡Gran Dios!

DAN. (Saliendo por la izquierda acéró en mano y seguido de varios circasianos.) ¡Deteneos! Yo no os he traído para asesinar á una mujer, sino para combatir contra nuestros tiranos.

SAIN. ¡Daniel!

DAN. (Defendiendo á Isabel.) ¡Ay de aquel que dé un paso mas!

SAIN. ¿Tú la defiendes cuando los nuestros huyen derrotados? Cuando Kaide á estas horas...

ZELIA. (Con ansiedad.) ¡Acaba!

VOCES DENTRO. ¡Muera!

SAIN. ¡Oye el clamor de sus enemigos!

ZELIA. ¡Kaide! (Varios soldados rússos traen á Kaide por la primera puerta derecha. El Conde viene con ellos y exclama.)

CONDE. Al punto. Sirva su muerte de escarmiento á esos traidores!

ISAB. (Desde el extremo izquierda.) ¡Padre mío!

DAN. ¡Era él! Conde. (Desde lejos al Conde y teniendo á Isabel de la mano.) ¡Tu hija está en mi poder! ¡Pudiera exigirte vida

por vidal

- CONDE. (Estramecido y en voz baja.) ¡Cielos!
- DAN. Si eres noble y valiente... aprende de mí á ser generoso. (Suelta á Isabel, pasándola al otro lado para que se reuna á su padre.)
- ISAB. (Corriendo al lado del Conde y abrazándole.) ¡Señor...
- CONDE. ¡Oh!
- ZELIA. (Al Conde.) ¡La vida de Kaide! ¡Por piedad!
- CONDE. ¡Piedad... para un traidor que trajo á mi palacio la muerte y el incendio!
- KAIDE. ¡Conde!
- ZELIA. (Vivamente y adelantándose con resolución.) ¡Conde! ¡Kaide es inocente! ¡Si quieres vengarte de quien ha puesto fuego á tu palacio... mírame, yo he sido!
- CONDE. ¿Tú?
- KAIDE. }
DAN. } ¡Qué dices? } (Á un tiempo.)
ISAB. } ¡Qué decis? }
- ZELIA. (Conmovida.) ¡Yo. Créé en mis palabras! Kaide no ha penetrado aquí como enemigo. Kaide ha venido á tu palacio esta noche... á ver á tu hija... á quien ama... y de quien es amado!
- CONDE. ¿Qué oigo!
- ZELIA. Esta es la verdad: yo sola merezco tu castigo. (El Conde se acerca severo á Isabel. Kaide y Daniel consternados se acercan á Zelia, que ha avanzado un poco mas al proscenio.)
- DAN. ¡Zelia!
- KAIDE. ¿Qué intentas?
- ZELIA. (Bajo á Kaide y conmovida, pero con dignidad.) ¡Vive... sé tú feliz con ella... y deja que yo muera!
- DAN. (Conmovido.) ¡Hermana mía!
- KAIDE. ¡Oh, jamás... pobre mártir... jamás!
- CONDE. (Bajo á Isabel.) Isabel, si fuera cierto que tú...
- ISAB. ¡Perdon, padre mio! Yo, sin conocerle, presté oídos á sus amantes ruegos. ¡Perdon para todos... y yo daré gustosa mi mano al hombre á quien me destinais!
- CONDE. (Con enojo.) ¡Perdon para todos!
- ALF. (Saliendo por el fondo, al mismo tiempo que los soldados han ocupado las calles, cubriendo todo el fondo.) Señor Conde, nuestra victoria es completa: nuestros enemigos huyen dispersos...
- CONDE. Basta.

KAIDE. (Al Conde, enérgicamente.) No: acaba tu obra! El principal culpado soy yo, que te buscaba para combatir contigo cuerpo á cuerpo! Para vengar á Zemir-Kan, mi padre, á quien en un tiempo diste la muerte.

CONDE. ¡A tu padre! (Mirándolo sorprendido.)

ISAB. ¡Oh, que eso disculpe su osadía, padre mío!... (Cayendo de rodillas.) ¡Por compasión!...

CONDE. (La levanta y le seguida adelantándose al presente, mira á Daniel, que está en un extremo, y le dice gravemente.) Tú... que me decias que aprendiera de tí á ser generoso. Si nos hubiérais vencido... ¿perdonaríais como yo os perdono?

DANIEL. (Cae de rodillas.)

KAIDE. ¡Conde!

ZELIA.

ISAB. (Con alegría.) ¡Los perdonais!

CONDE. (Noblemente.) Si. Que lleven á sus montañas la fama de nuestro poder y de nuestra clemencia!

ZELIA. ¡Kaide, Daniel! (En medio de entrambos, con alegría.)

KAIDE. (A Zelia, con cariño.) ¡Ah! El cielo me hará olvidar lo pasado para poder pagarte tu sublime generosidad!

BELT. (Salta de vivamente sobre el caballo descompuesto y con señales en su traje de haber estado en medio del incendio.) ¡Victoria! Hemos vencido... y á mí me han chuscado. (Rompe las

manillas.)

18 JY C.

CANTO.

Todos. Hoy que nos dá la gloria
su noble galardón,
corone la victoria
magnánimo perdón.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no halló inconveniente en que su representación sea autorizada.
Madrid 9 de Marzo de 1860.

El censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RÍO.

El exterminio de un inocente.
El honor y el trabajo.
El padre de familia.
¡Españoles, á Marruecos!
Fea y pobre.
Francisco el inclusero.
Honra por honra.
Isabel segunda.

Juana de Arco.
Juana de Nápoles.
Judít.
Juicios de Dios.
Julietta y Romeo.
Los fanfarrones del vicio.
La Baltasara.
La hiel en copa de oro.
Lorenzo me llamo, ó carbonero
de Toledo.
Los amores de la niña.
La campana vengadora.
La crisis.
La alegría de la casa.
Las mujeres de mármol.
La corte del Rey poeta.
Las tres manías, ó cada loco con
su tema.
Las bodas de Colás.

Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso.
Las barricadas de Madrid.
La duquesa de Iprest, ó Genoveva
de Brábante.
La duquesa, ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre.
Las travesuras de Chalamel.
Los espósitos del Puente de Ntra.
Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo.
La casa del diablo.
Las aves de paso.
La fuerza contra la ley.
La senda de espinas.
La linterna de Diógenes.
Las dulzuras del poder.
La novela de la vida.
La torre de Garán.
La escuela de las madres.
Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.

Matilde.
No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.
Ntra. Sra. de Paris, ó la Esmeralda
Oráculos de Talía, ó los duendes
de palacio.
Protector y protegido.
Quebrantos de amor.
Quemar las naves.
Represalias.
Secretos del destino.
Tambien en amor se acierta, pe-
ro es mas fácil errar.
Una historia del día.
Un corazon de mujer.
Uno de tantos.
Un día de baños.
Un hijo natural.
Vivir y morir amando.
Wilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

En un acto.

A Rusia por Valladolid.
Alumbra á este caballero.
A última hora.

Cuarzo, pirita y alcohol.
Casado y soltero.

Diez minutos de reinado.
Don Sisenando. (*La música.*)

El amor y el almuerzo.
El grumete. (*La música.*)
El trompeta del archiduque.
El sonámbulo.
Escenas en Chamberi.
El alferez.

Gracias á Dios que está puesta
la mesa.
Guerra é muerte. (*La música.*)
Gato por liebre.

La cotorra.
Las bodas de Juanita.
La dama del Rey. (*La música.*)
Los dos ciegos.
La zarzuela

La flor de la serranía.
La tierra de Maria Zantizima.
Las distracciones.
La vieja y el granadero.
Pablito.

Un caballero particular.

En dos actos.

Bruschino.

El postillon de la Rioja.
Entre mi mujer y el negro.

La cola del diablo.
La corte de Mónaco.

Marina. (*La música.*)

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Azon Visconti. (*La música.*)
Amor y misterio.
Amar sin conocer.

Beltran el aventurero. (*La música.*)

Cárlos Broschl.
Catalina.
Campanone.

El sueño de una noche de verano.
El daminó azul. (*La música.*)
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lancero
voluntario.
El sargento Federico.
Entre dos aguas.
El planeta Venus. (*La música.*)
El Juramento.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La estrella de Madrid. (*La mú-
sica.*)
La cacería real. (*La música.*)
La Pasion. (drama sacro-litico.)
Los comuneros.
Los circasianos.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

<i>Alicante.</i>	Ibarra.	<i>Matril.</i>	Ballesteros.
<i>Almería.</i>	Alvarez.	<i>Mahón.</i>	Vinent.
<i>Albacete.</i>	Perez.	<i>Merida.</i>	Diaz.
<i>Avila.</i>	Garcés.	<i>María.</i>	Fernández.
<i>Ageciras.</i>	Joriziti.	<i>Oriedo.</i>	Frñuda y Mántaras.
<i>Alcoy.</i>	Poya é hijo.	<i>Orense.</i>	Rohies.
<i>Aranjuez.</i>	Prado.	<i>Osuna.</i>	Calvillo.
<i>Amuden.</i>	Quiroga.	<i>Orihuela.</i>	Montero.
<i>Arilés.</i>	Sánchez del Río.	<i>Pamplona.</i>	Berrero.
<i>Barcelona.</i>	Nayol.	<i>Palencia.</i>	Ríos y Barrera.
<i>Bárgos.</i>	Hervias.	<i>Palma de Mallorca.</i>	Gutierrez é hijos.
<i>Bilbao.</i>	Astuy.	<i>Pontevedra.</i>	Gelabert.
<i>Badajoz.</i>	Carpizo.	<i>Puerto de Sta. María.</i>	Aspa.
<i>Pejar.</i>	Bueno é hijo.	<i>Puerto-Rico (Maya</i>	Cobantes.)
<i>Báza.</i>	Fernandez.	<i>gues).</i>	Maestre y Tomás.
<i>Baeza.</i>	Segura.	<i>Beus.</i>	Prins.
<i>Borja.</i>	Cadenas.	<i>Ronda.</i>	Gutierrez.
<i>Cádiz.</i>	A. de Carlos.	<i>Rivado.</i>	Torres.
<i>Castellón.</i>	Perales.	<i>Rioseco.</i>	Pradanos.
<i>Córdoba.</i>	Lozano.	<i>Salamanca.</i>	Huebra.
<i>Coruña.</i>	Iago.	<i>Santander.</i>	Hernandez.
<i>Cáceres.</i>	Vallente.	<i>San Sebastian.</i>	Garralda.
<i>Ciudad-Real.</i>	Arellano.	<i>Sta. Cruz de Tenerife.</i>	Ramirez.
<i>Cuenca.</i>	Mariana.	<i>Sevilla.</i>	Alvarez Aranda.
<i>Cartagena.</i>	Muñoz Garcia.	<i>Segovia.</i>	Rebilla.
<i>Chiclana.</i>	Julian.	<i>Soria.</i>	Perlado.
<i>Ceuta.</i>	Ibanez.	<i>Santiago.</i>	Escrriano.
<i>Ciudad-Rodrigo.</i>	Tejada.	<i>San Fernando.</i>	Toleiz de Meneses.
<i>Carmona.</i>	Perez.	<i>Sanlúcar de Barra-</i>	Esper.
<i>D. Benito.</i>	Sánchez Barroso.	<i>meda.</i>	Alderete.
<i>Ecija.</i>	García.	<i>S. Ildefonso (Granja).</i>	Juan José Rodríguez.
<i>Ferrol.</i>	Tajonera.	<i>S. Lorenzo (Escorial).</i>	
<i>Figueras.</i>	Delhom.	<i>San Martin de Val-</i>	
<i>Granada.</i>	Zamora.	<i>deiglesas.</i>	Cisneros.
<i>Gerona.</i>	Dorca.	<i>Segorve.</i>	Mateo.
<i>Guadalajara.</i>	Onana.	<i>Tarragona.</i>	Pujol.
<i>Gijón.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Teruel.</i>	Baquedano.
<i>Guadix.</i>	Tornes.	<i>Toledo.</i>	Hernandez.
<i>Habana.</i>	Charlain y Fernandez.	<i>Talavera de la Reina.</i>	Sánchez de Castro.
<i>Huelva.</i>	Osornó é hijo.	<i>Toro.</i>	Tejedor.
<i>Huesca.</i>	Gullen.	<i>Tuj.</i>	Cruz.
<i>Huescar.</i>	Rulz.	<i>Trijillo.</i>	Bravo.
<i>Haro.</i>	Quintana.	<i>Torreveja.</i>	Vela.
<i>Jaen.</i>	Hidalgo.	<i>Tolosa.</i>	Izalzu.
<i>Jerez de la Frontera.</i>	Alvarez Aranda.	<i>Tarazona.</i>	La Lama.
<i>Leon.</i>	Viuda é hijos de Miñon.	<i>Valencia.</i>	Veraton.
<i>Lerida.</i>	Blasco.	<i>Valledolid.</i>	Moles.
<i>Lugo.</i>	Viuda Pujol y Hermano.	<i>Valoria.</i>	Hernainz.
<i>Loprono.</i>	Verdejo.	<i>Valladolid.</i>	Galindo.
<i>Lorca.</i>	Gomez.	<i>Vallanueva y Gelná.</i>	Ramirez Poy.
<i>Loja.</i>	Gano.	<i>Vigo.</i>	Crens.
<i>Linares.</i>	Carrasco.	<i>Ubeda.</i>	Fernandez Dios.
<i>Lucena.</i>	Gabezas.	<i>Zaragoza.</i>	Bengoa.
<i>Llerena.</i>	Guerreno.	<i>Zamora.</i>	V. de Heredia.
<i>Málaga.</i>	Cahavatte.	<i>Zafra.</i>	Calamita.
<i>Murcia.</i>	Ha. de Andrión.		Oguet.
<i>Mataró.</i>	Abadal.		
<i>Manzanares.</i>	Penuelas.		

El propietario de esta Galería vive en la calle de la Salud, núm. 14, cuarto principal.

